

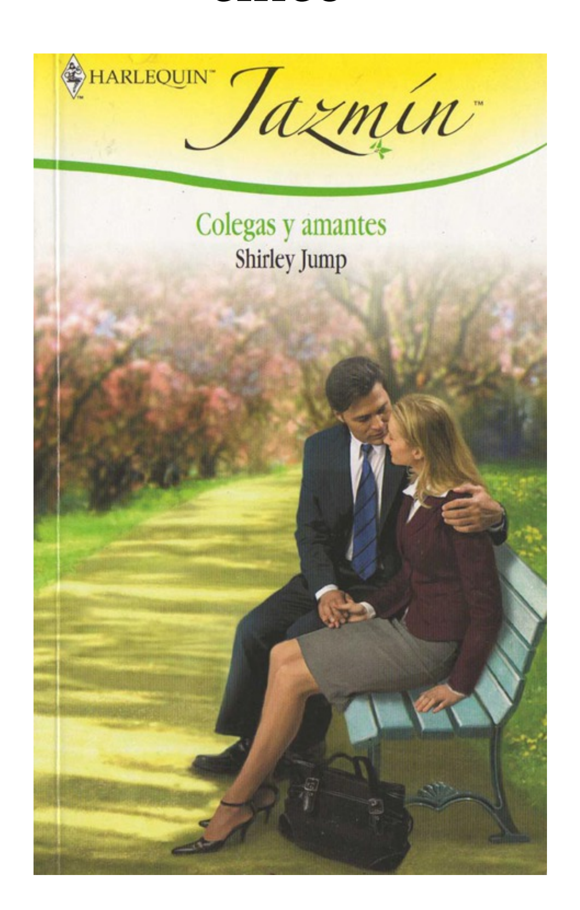
Colegas y amantes

Shirley Jump

Colegas y amantes

Shirley Jump

38º Serie Multiautor “De nueve a cinco”



Colegas y amantes (2009)
Título Original: Boardroom bride and a groom (2008)
Serie Multiautor: 38º De nueve a cinco
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2243
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Gilbert y Carolyn Puff

Argumento:

Bajo el traje de negocios se escondía la mujer más bella que había visto en su vida.

Para el guapo abogado Nick Gilbert salir con una mujer normalmente implicaba una cena romántica, no un picnic benéfico. Pero no quiso perdérselo, especialmente porque su acompañante era Carolyn Puff, una compañera de trabajo recatada, pero que le resultaba fascinante.

Al verla junto a los niños del picnic, Nick descubrió una nueva faceta de Carolyn y de pronto entendió la tristeza que había en sus hermosos y brillantes ojos verdes.

Capítulo 1

Carolyn Duff había cometido un grave error en su vida: la típica boda rápida en una capilla de Las Vegas… un error que la había seguido hasta allí y estaba trabajando a unas manzanas de ella. Con su metro ochenta y siete.

En general, lograba olvidarse de Nicholas Gilbert para concentrarse en su trabajo como ayudante del fiscal del distrito. Bueno, en realidad apenas tenía tiempo de saber si se había puesto el sol porque sus días pasaban en un remolino de llamadas, precedentes legales atestados, alegatos, estudios sobre las leyes de Indiana y correos urgentes. Su calendario podía decir que era viernes y su reloj que eran más de las cinco, pero Carolyn seguía detrás de su escritorio aunque al día siguiente era el puente del Cuatro de Julio y los Juzgados estarían cerrados hasta el martes.

Para ella, eso no importaba. Una bomba de relojería interna la empujaba a trabajar, a perseguir un caso más, a ver las rejas de la prisión cerrarse una vez más para algún delincuente.

A saber que había colaborado otra vez con la justicia.

Y, sin embargo, no era suficiente.

Carolyn se pasó los dedos por las sienes, intentando controlar el principio de una jaqueca antes de que se volviera demasiado intensa. Luego se puso a trabajar en una negociación con un abogado para quien su cliente, un ratero de poca monta, merecía sólo noventa días en prisión y una pequeña multa.

Carolyn, que podía imaginar el futuro de ese ratero convertido en un delincuente peligroso, quería meterlo entre rejas. El juez, sin embargo, quería una resolución rápida del caso y les había dado a los dos abogados el largo puente para llegar a un acuerdo.

Mary Hudson, su ayudante, asomó la cabeza en el despacho, su melenita de paje color castaño enmarcando unos enormes ojos marrones y una sonrisa amistosa.

—Todo el mundo se ha ido a casa. Dime que tú también vas a tomarte libre el puente.

—Tarde o temprano.

Mary suspiró.

—Carolyn, es un puente. Es el momento de pasarlo bien, no de trabajar. Vamos, ven a tomar una copa conmigo. He quedado con las chicas en el pub de abajo.

—Lo siento, Mary. Tengo mucho trabajo.

—¿Sabes lo que necesitas? Un vestido nuevo y un hombre guapo… una cosa siempre atrae a la otra.

Su ayudante, que no dejaba de intentar emparejarla, era muy

insistente. Había probado todas las tácticas incluida la súplica. Para ella, una mujer sin un hombre era como un perro sin cola, una criatura que merecía compasión.

—No necesito un hombre —suspiró Carolyn.

Aunque la última vez que había salido con uno…

Muy bien, no se acordaba de la última vez que había salido con un hombre.

Hablando de citas y hombres… la imagen de Nick apareció en su cabeza, despertando una oleada de algo caliente que Carolyn se negaba a llamar deseo. ¿Qué tenía aquel hombre? Sólo había sido un minuto de su vida y, sin embargo, siempre estaba allí, como si fuera el capítulo más importante. Uno que le gustaría no haber escrito, pero que no era capaz de dejar de leer. Bueno, pues no pensaba volver a sacar ese libro de la biblioteca. Ya se sabía el final.

Un fin de semana loco. Una decisión impetuosa. Cuatro días y todo había terminado.

Mary se apoyó en la mesa, mirándola a los ojos.

—Muy bien, no puedo conseguir que dejes de trabajar, pero estarás en la merienda del proyecto benéfico, ¿verdad? Esos niños necesitan ayuda, Carolyn. Son niños huérfanos, niños que viven por debajo del nivel de pobreza… hay de todo. Y no tendrás que hacer nada. Hemos organizado un montón de actividades para mantenerlos ocupados durante todo el día, en parte para que se olviden de sus problemas, en parte para dar un respiro a los padres adoptivos. Debe de ser muy angustioso recibir a un extraño en casa.

Y angustioso para los niños vivir con extraños, pensó Carolyn. Pero no dijo nada. Ella nunca hablaba de su pasado. Cuando se marchó de Boston cuatro años antes, también había dejado atrás los recuerdos.

—Prometo que estaré en la merienda el sábado. Pero no necesito un vestido nuevo. Puedo ponerme el que llevé a la fiesta de la oficina el verano pasado. Y puedo ir sola porque soy perfectamente capaz…

—De cuidar de ti misma —terminó Mary la frase por ella—. Sí, ya lo sé. También lo son los cangrejos ermitaños, pero uno nunca los ve sonreír, ¿verdad?

—Son crustáceos, Mary. Creo que no son capaces de sonreír.

—Exactamente —su ayudante asintió con la cabeza, como si hubiera demostrado algo.

En los dos años que llevaban trabajando juntas, Carolyn siempre había intentado descifrar en qué estratosfera vivía Mary, que tecleaba en el ordenador a la velocidad del rayo y archivaba con una habilidad casi inhumana. En cuanto al resto…

En fin, ella tenía veintiocho años y no aceptaba que nadie le dijera cómo tenía que vivir. O que necesitaba un hombre. Porque había cosas más importantes sobre su escritorio.

Carolyn abrió la carpeta que tenía delante y empezó a revisar de nuevo las pruebas del caso. Si se distraía durante un solo segundo podría perderse algo. Un delincuente peligroso para la sociedad, por ejemplo.

Aquella vez se llamaba Liam Pendant, un tipo al que la policía había pillado con un arma sin registrar en la guantera del camión. Su abogado quería que fuera indulgente con él, pero Carolyn no estaba de acuerdo. ¿Y si hubiera entrado en la casa en lugar de robar la cortacésped del garaje? ¿Y si hubiera entrado pistola en mano? ¿Y si hubiese disparado al propietario?

En lugar de un simple caso de robo podría tener delante otra tragedia absurda, el resultado de una persona antisocial con una pistola en la mano.

Y ella sabía muy bien adonde podía llevar eso. Cómo una familia podía ser destruida en un solo momento. No, decidió, revisando la larga lista de antecedentes penales de Liam Pendant antes de cerrar la carpeta. No habría acuerdo.

Pero cuando intentó abrir otro informe para seguir trabajando, Mary puso una mano sobre los papeles.

—Cariño, un gusano tiene más vida social que tú.

—Mary, ¿no se te paga para…?

—Ayudar, no para decirte lo que tienes que hacer, ya lo sé.

Riendo, Carolyn se apoyó en el respaldo del sillón.

—Parece que he dicho esa frase muy a menudo.

—Sí, pero yo no te hago ni caso. Después de dos años juntas, considero que somos amigas y, como amiga, tengo que decir que trabajas demasiado —Mary se acercó a la ventana para levantar las persianas, mostrando la alegre ciudad al otro lado—. En caso de que no te hayas dado cuenta, estamos en verano. La gente sale a tomar el sol, no se quedan dentro de casa con las persianas bajadas como si fueran vampiros.

Carolyn se volvió para admirar el paisaje. El brillo del sol sobre la plaza, el tráfico de coches saliendo de Lawford para buscar la tranquilidad de los lagos que llenaban el paisaje de Indiana…

—Hace un día maravilloso —siguió Mary—. Y será un fin de semana perfecto para la merienda con los niños. Les van a encantar los regalos y…

—¡Los regalos! Aún no he comprado ni uno —Carolyn volvió a pasarse los dedos por las sienes—. Prometí apadrinar a uno de los niños y se me ha olvidado comprar algo. Lo siento, Mary. Estos casos se comen todo mi tiempo.

—Siempre hay nuevos casos, todos los días del año desgraciadamente. ¿Quieres salir y disfrutar del sol por una vez? Yo creo que el aire acondicionado te está friendo el cerebro.

Carolyn se levantó para acercarse a la ventana y, durante un segundo, sintió el calor del sol a través de los cristales, sintió esa magia especial que tenían los días de verano…

Entonces recordó su infancia, esos primeros días, cuando el colegio había terminado, corriendo para recibir a su padre que volvía de trabajar, los interminables paseos en bicicleta, las veces que había empujado el columpio del jardín… «un poquito más, papá, por favor, sólo un ratito más». El escondite, los juegos que no terminaban hasta la hora de cenar. A veces su padre la dejaba quedarse despierta hasta tarde, mirando las estrellas fugaces o jugando a atrapar libélulas…

Se le hizo un nudo en la garganta, un nudo tan grande que no podía respirar. «Oh, papá». Cuánto lo echaba de menos.

Cada verano con su padre había sido… memorable. Los dos solos porque su madre había muerto en un accidente de coche poco después de que ella naciese. Por eso, Carolyn y su padre compartían un lazo profundo. Un lazo que añoraba tanto que había días que casi podía jurar que el dolor era algo tangible.

Tras la muerte de su padre, cuando ella tenía nueve años, había perdido la alegría de vivir. Empezó a quedarse en casa, evitando los días de sol porque ya no tenían magia. Intentando olvidar esa estación que había disfrutado tanto con él…

Entonces apareció Nick y le recordó lo bien que solía pasarlo de niña. Le recordó que la magia seguía existiendo.

Durante un tiempo, Carolyn se había soltado el pelo y hecho algo absolutamente absurdo, tanto que la había llevado a un desastroso matrimonio.

Afortunadamente, había reparado ese error casi inmediatamente y ahora todo iba por el camino adecuado. Tenía un trabajo estupendo, envidiable. Sí, le había costado lo que otra gente tenía: un hogar, hijos, un marido. Pero para una mujer como ella, sin mucha experiencia en la vida familiar tradicional, estaba bien. Además, ni Nick ni ella se habían tomado el matrimonio en serio.

Y cuando ese rostro de su pasado apareció en televisión, cuando ese monstruo le recordó el momento más amargo de su vida, supo que tenía que hacer algo y tomó la decisión de dejar a Nick para siempre.

Intentando apartar de sí los recuerdos, Carolyn volvió a su escritorio.

—Me iré pronto. Te lo prometo, Mary.

Su ayudante suspiró.

—Muy bien. Nos vemos mañana entonces. Irás a la merienda, ¿verdad?

—Allí estaré, te lo prometo.

—Si no apareces, sabes que vendré a buscarte y te llevaré al parque aunque sea a rastras —le advirtió Mary, señalándola con el

dedo.

Mientras salía del despacho, su ayudante iba quitándose los zapatos y poniéndose unas chanclas que llevaba en el bolso.

Carolyn se preguntó cuando había sido la última vez que ella había hecho algo así de espontáneo. Y no lo recordaba. En algún momento se había vuelto más fácil pasar los fines de semana y las vacaciones en su despacho, trabajando. Resultaba más fácil rechazar las invitaciones a cenar que eran, evidentemente, un intento de emparejarla, las citas con hombres que no le interesaban, las solitarias noches en casa…

Pero Mary tenía razón. Casi podía sentir a su padre mirándola desde el cielo, regañándola por todos los días de verano que se había perdido, por todas las puestas de sol que habían tenido lugar tras su espalda mientras trabajaba.

En fin, tenía que ir de compras antes de la merienda, se dijo. ¿Y qué mejor excusa para salir del despacho antes de lo habitual?

De modo que terminó a toda prisa lo que estaba haciendo, llamó al abogado de Liam para decirle que no habría trato y apagó el ordenador.

Mientras se dirigía al ascensor, abrió el sobre que Mary le había dado con la información del apadrinamiento y sacó la fotografía de un niño, sujeta por un clip.

Y se le encogió el estómago. Era un niño de cinco años, guapísimo aunque un poco delgadito, que necesitaba desesperadamente, decía el informe, casi de todo: cuadernos, lápices, ropa de verano, sábanas. Su lista de sueños era tan sencilla que a Carolyn se le rompió el corazón: libros de cuentos y un camión de juguete.

Por un segundo, vio su futuro en los ojos del niño. Si hubiera seguido casada con Nick, si alguno de los dos hubiese convertido ese matrimonio en algo real…

Carolyn pasó el dedo por la fotografía. ¿Y si…?

Pero no. No había nada de eso. Ella había tomado su decisión por razones de peso… y eran las razones que la hacían feliz.

Para cuando se abrieron las puertas del ascensor, Carolyn había vuelto a ser ella misma. Lidiaría con aquel proyecto de apadrinamiento a su manera. Apretando el sobre, hizo una lista mental de tareas, colocando cada cosa en su sitio, tratándolo como un trabajo más. Distanciándose, manteniendo sus emociones fuera de la ecuación.

Ésa, Carolyn lo sabía, era la mejor manera de proteger su posesión más preciada… la que había jurado no volver a dejar expuesta otra vez.

Su corazón.

El último sitio en el que Nick Gilbert esperaba estar un viernes por la noche era una juguetería.

Pero allí estaba, intentando decidirse entre una muñeca que lloraba o una que soltaba eructitos. En su opinión, ninguna de las dos era realmente interesante. Eructar podía ser una opción divertida… pero sólo si eras un adolescente y querías hacer reír a tus compañeros en clase de matemáticas. Aunque, a juzgar por la cantidad de cajas que faltaban en la estantería, las dos eran muy populares.

¿La que lloraba… o la que eructaba?

Él había crecido en el seno de una familia numerosa, pero no sabía nada sobre niños. ¿Por qué había aceptado apadrinar a uno? ¿En qué estaba pensando?

Lo había convencido una fotografía. Y la lista de deseos y necesidades que había en el informe. Había pensado, con su típica actitud de «yo puedo hacerlo todo», que podía lidiar con aquello sin ningún problema.

Ja, ja. Se le habría dado mejor reunir a una manada de elefantes.

Y, la verdad, también había pensado que llenar un carrito con juguetes y acudir a la merienda benéfica llenaría un poco ese agujero que tenía en el pecho últimamente, como una sed que no pudiera saciar. Un sentimiento absurdo, porque debería estar contento. Tenía todo lo que necesitaba: una buena carrera, buenos amigos, una familia que lo quería. Un estilo de vida fácil que exigía muy poco.

Y aun así…

Sin darse cuenta, pulsó los botones de las muñecas, que dejaron escapar una risita y un eructo a la vez. Dos señoras se volvieron, con expresión divertida y caritativa a la vez. Un hombre en la estantería de las muñecas. Aparentemente, se estaba convirtiendo en un objeto de compasión.

—Es una prueba antes de tener un hijo —bromeó—. Creo que me gusta más la que eructa. Es más divertida.

Las señoras sacudieron la cabeza, riendo mientras se alejaban.

Nick guardó las dos cajas en el carrito y giró a la derecha con intención de salir de la juguetería lo antes posible. Aquello no era lo suyo. Pero, al dar la vuelta a la esquina para dirigirse a la caja, su carrito chocó con otro, sacudiendo las muñecas, que se quejaron con otro lloro-eructo.

Nick apenas se dio cuenta. Porque, de repente, se encontró mirando a la única mujer que no había sido capaz de olvidar.

Carolyn Duff.

Tenía unos ojos verdes, profundos, tan grandes que eran como dos lagos invitadores a la luz de la luna. Llevaba un traje de chaqueta color gris que escondía sus curvas y unos zapatos de tacón bajo que no servían para destacar lo bien formado de sus piernas, pero que le

recordaban lo bonitas que eran. Y el pelo rubio sujeto en un severo moño. Aunque Nick sabía que cuando se lo dejaba suelto, era suficientemente largo como para rozar sus pómulos y su barbilla.

Por fuera, todo en Carolyn era delicado. Y, sin embargo, por dentro era fuerte… como un flamenco capaz de soportar un huracán.

Ella era la única chica que lo había intrigado en la universidad. Su estilo seco, bostoniano, le había parecido un reto. Porque cuando se conocieron y la hizo reír, había visto a la verdadera Carolyn. Y, desde entonces, lo único que había deseado era quitarle todas esas capas de seriedad para que se relajara, para que dejara de ser la chica concentrada sólo en sus estudios.

Y después de conseguirlo hizo algo absolutamente espontáneo: casarse con ella. El mayor error de su vida.

Y ahora ese error estaba allí, delante de él.

Capítulo 2

—¿Qué haces aquí? —preguntó Carolyn, con el corazón acelerado.

Y veía la misma sorpresa reflejada en sus ojos. Nick Gilbert, el último hombre al que hubiera esperado encontrarse en una juguetería.

Nick. Su…

¿Marido?

Se sintió avergonzada al recordar el «sí, quiero» que había pronunciado en Las Vegas. Haciendo una promesa que ella, menos que nadie, debería haber hecho.

No, no era su marido. Ya no. Era su ex.

Su matrimonio, su relación se habían roto. Ellos habían roto.

—Iba a preguntarte lo mismo.

Carolyn levantó la mirada. Con su metro ochenta y siete, Nick le sacaba veinte centímetros. Años atrás, eso le había gustado mucho. Como le gustaba perderse en el brillo burlón de sus ojos azules.

Pero ya no. En aquel momento desearía llevar zapatos de plataforma para estar cara a cara con esos ojos azules que ya no ejercían ningún efecto en ella. Ninguno. A pesar del escalofrío que sintió la semana anterior al encontrárselo en el abarrotado ascensor de los Juzgados. Y de haberlo visto en la cafetería de vez en cuando…

Lo había visto varias veces desde el divorcio, pero nunca tan cerca. Nunca habían mantenido una conversación. Incluso ahora, como durante los últimos tres años, podía darse la vuelta como si nada hubiera pasado.

Pero algo había pasado. Algo dentro de ella.

Atónita, se dio cuenta de que Nick estaba mirándola fijamente… porque no había respondido a su pregunta. Y se puso colorada.

Y Carolyn Duff no se ponía colorada por nada. Nunca se encontraba en una posición incómoda.

—Estoy comprando juguetes para uno de los niños de la merienda benéfica que…

—Yo también. Creo que toda la comunidad legal de Lawford está metida en el proyecto. Pero no sé si debería haberme apuntado. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo —Nick sacó dos muñecas del carrito—. ¿La que llora o la que lanza eruditos? ¿Cuál es la mejor? ¿Cómo voy a saberlo? Para mí, las dos son propuestas absurdas.

Carolyn rió y, al hacerlo, resucitó una parte de ella que creía muerta mucho tiempo atrás. Una alegría que había perdido en los años que vivió con su tía Greta y que había redescubierto al conocer a Nick.

Una alegría que había perdido en su trabajo como ayudante del fiscal del distrito.

Entonces miró a Nick. El pobre claramente no sabía nada de niños… como ella. Los dos estaban en el mismo infierno. ¿Qué podía haber de malo en charlar un rato?

—Te entiendo. Yo tengo el mismo problema —Carolyn sacó una selección de juguetes de su carrito—. ¿El camión de bomberos o el coche de policía? ¿La ambulancia o… qué es esto? Y luego está eso que llaman Transformers, pero no entiendo por qué nadie querría que un juguete se transformase —luego volvió a dejar los coches en el carrito, nerviosa. Sólo se ponía nerviosa fuera de los Juzgados y, aparentemente, cuando estaba con Nick, que era un recordatorio de su error más grave—. ¿Qué ha sido de las pelotas de fútbol y los guantes de béisbol?

Nick soltó una carcajada.

—Se ha vuelto más complicado, ¿verdad? Ahora sólo quieren ordenadores. Estos no son juguetes, son revoluciones tecnológicas —dijo, y sacudió la cabeza—. Bueno, ya me las apañaré. Después de todo, tengo un título universitario. No puede ser tan difícil.

Seguía siendo el mismo. Y seguía teniendo aquel buen humor que era tan parte de él como su pelo oscuro y sus ojos de color cobalto.

¿Recordaría él aquella absurda decisión de irse a Las Vegas? ¿Recordaría la decisión que habían tomado empujados por el deseo, por la pasión?

Carolyn, fuera de la casa de su tía Greta por primera vez desde los nueve años, estaba tan desesperada por olvidar el pasado que había visto un escape en él. Se casó con Nick buscando algo que nadie podía darle y, al menos, había sido suficientemente inteligente como para cortar en cuanto tuvo oportunidad.

Nick se inclinó hacia delante para mirar las cajas que había en la estantería más cercana. Estaba siendo detallista, algo que lo había convertido en un buen abogado, pero sin traicionar al hombre alegre y espontáneo que era. El Nick que Carolyn había conocido una vez. En fin, ella no necesitaba a ese hombre en su vida. Porque ese hombre era el que, durante un corto período de tiempo, le había hecho pensar que podía ser alguien que no era.

—Aquí dice de seis a ocho años —leyó él, tan serio como un contable—. Pero no creo que esto le guste.

—Mi… —Carolyn se detuvo antes de terminar la frase porque no era su niño—. El niño al que yo apadrino tiene cinco años.

—Pues alguien no se entera de nada. Darnos a nosotros unos niños tan pequeños… deberían habernos dado estudiantes de instituto. Eso podríamos controlarlo. Les compramos unas calculadoras y unos diccionarios y listo. Los sentamos, les damos sabios consejos…

—Sí, seguro —rió Carolyn.

De repente, los dos se quedaron en silencio. El silencio de dos

personas que se habían conocido en algún momento, pero que ya no se conocían. Que fingían que todo estaba bien… aunque no era así.

«Márchate», pensaba Carolyn. Pero sus pies no se movían del suelo y no podría decir por qué.

—A lo mejor deberías probar con esto —Carolyn tomó una caja con un caballo de plástico para una famosa muñeca. Luego le dio la vuelta a la caja para ver a qué grupo de niños estaba destinado… y volvió a dejarla en su sitio. Lo que les faltaba, una demanda por atragantamiento—. No, olvídalo. Tiene muchas piezas pequeñas.

Nick sonrió.

—¿Desde cuándo sabes tanto sobre juguetes?

—No sé nada. Es la abogada que hay en mí, que lee la letra pequeña.

—Eso siempre se te ha dado bien.

Carolyn no dijo nada. Nick se refería a algo más que a las instrucciones del juguete. Ella siempre había sido la estricta, siempre obedeciendo las reglas, cuando él era todo lo contrario.

—¿Cómo se llama tu niño?

—¿Eh?

—Su nombre.

—Pues… —Carolyn intentó recordar—. Bobby.

—Bonito nombre. La mía se llama Angela.

—¿Tu… hija? ¿Estás casado?

—¿Qué? Lo dirás de broma. ¿Me ves casado y con hijos? —rió Nick —. No, ya me conoces. No soy el tipo de hombre al que le gusta atarse.

Ésa había sido parte de la atracción y parte del problema. Nick le había gustado porque era totalmente diferente a ella, completamente diferente a la vida que había llevado en Boston. Pero cuando había necesitado que la escuchase, que fuera su pareja de verdad…

No había estado allí. La había defraudado.

—No, no he vuelto a casarme —dijo Nick entonces—. Angela es la niña a la que apadrino.

Carolyn dejó escapar un suspiro. No estaba casado y no tenía hijos. Ninguna otra mujer había reclamado su corazón.

Debería darle igual. Los días en los que podía reclamar a Nick Gilbert como suyo habían pasado.

—Así que nada de niños para mí. Esto es lo más cercano.

—Un compromiso de un solo día, ¿eh?

—Parece que ésos son los únicos que se me dan bien —Nick la miró a los ojos y, de repente, Carolyn no sabía qué decir.

Una señora con dos niños, uno sentado en el carrito, el otro detrás, lloriqueando por un juguete que no había conseguido, pasaron a su lado. Por los altavoces oían la voz de alguien anunciando una oferta.

De nuevo, el incómodo silencio de dos personas que se habían convertido en extrañas, como una valla de alambre separando a dos vecinos antes amistosos.

—Bueno, me alegro de haberte visto —dijo Carolyn por fin—. Buena suerte con las compras.

Pero antes de que pudiera darse la vuelta, Nick puso una mano sobre la suya y Carolyn tuvo que contener la respiración. El roce era tan familiar y, a la vez, tan nuevo después de tanto tiempo… el aroma de su colonia, la misma colonia de antes, como si nada hubiera cambiado. Los latidos de su corazón, su respiración… ¿dé verdad podía oír eso o era la suya propia?

—Espera, no te vayas.

—¿Por qué?

—¿Por qué no compramos juntos?

—¿Qué?

—¿Alguno de los dos parece saber lo que está haciendo? —sonrió Nick.

Ella miró su carrito. Había un zoo de muñecos de peluche y todo tipo de camiones y coches eléctricos, libros de cuentos, de superhéroes… había comprado un ejemplar de cada cosa, esperando que aquel montón de juguetes acabara siendo algo que le gustase al niño.

Pero llevaba dos horas en la tienda y no estaba convencida de haber dado en el clavo. Y la verdad era que no sabía nada sobre niños porque apenas recordaba su propia infancia.

Cuando la cuestión era comprar juguetes para un niño, ¿quién podría ayudarla mejor que un hombre? Un hombre al que le gustaba jugar al fútbol en el campus de la universidad, el tipo de hombre que sabía cómo pasarlo bien…

Nick y ella eran adultos. Su matrimonio, que los dos reconocían como un error, era cosa del pasado. Y aquélla era una misión benéfica. ¿Qué podría haber de malo en pasar unos minutos juntos?

—Ésta es una oferta única —insistió Nick—. Un abogado de Lawford ofreciéndose a ayudar a un fiscal.

Carolyn tuvo que sonreír, pero sabía que estaba atrapada en el viejo hechizo otra vez. El que le había hecho abandonar su estructurada vida y aceptar el loco plan de Nick de casarse en Las Vegas.

—Muy amable por tu parte.

—Claro. Después de todo, ¿no hemos estado siempre mejor juntos que separados?

—A lo mejor en clase… sí. En la universidad nos iba muy bien juntos, pero no como pareja. Y tú lo sabes tan bien como yo, Nick. Si no recuerdo mal, llevamos tres años felizmente divorciados.

Nick levantó una ceja y Carolyn se preguntó si el final de su matrimonio había sido un alivio para él, como siempre había creído.

—¿Felizmente?

—El divorcio era lo que los dos queríamos. Los dos estuvimos de acuerdo en que casarnos fue un error que había que deshacer lo antes posible, sin contárselo a nadie. Fingir que no nos habíamos conocido, ¿recuerdas?

Ella recordaba esas palabras, la discusión y, sobre todo, el brillo de desilusión en los ojos de Nick. La había sorprendido porque creía que él no se había tomado en serio las promesas que hicieron frente al altar. En realidad, pensaba que Nick no se tomaba nada en serio.

—Yo recuerdo nuestra separación más bien como quitarse una tirita, algo rápido y menos doloroso.

—Bueno, todo terminó y los dos seguimos adelante, ¿no?

—Por supuesto. Y, presumiblemente, hemos madurado desde entonces.

—¿Tú has madurado?

Nick sonrió.

—Nada.

—No me sorprende —rió Carolyn.

—Ah, pero eso es lo que hace que la vida siga siendo divertida. Incluso en el Juzgado.

Ella sacudió la cabeza. Seguía siendo el mismo.

Durante esos años, en la relativamente pequeña comunidad legal de Lawford, había logrado evitarlo. Y ayudaba que trabajasen en dos áreas diferentes: penal y civil.

Cuando se veían, intercambiaban un rápido saludo y unas palabras. Nada más.

Con un traje de chaqueta, Nick estaba increíblemente guapo. Poderoso, varonil.

En calzoncillos y con el torso desnudo, era…

Irresistible. Sexy.

Afortunadamente, aquel día llevaba un traje de chaqueta azul con una camisa blanca y una corbata granate. Le quedaba perfecto, marcando los anchos hombros y el torso definido que ella sabía que había debajo de la tela. Como parecía saber, por cierto, el resto de la población femenina en la tienda, que no paraban de mirarlo.

¿Y por qué no? Nick Gilbert era el tipo de hombre en el que se fijaban todas las mujeres.

Carolyn carraspeó.

—Bueno, me alegro de haberte visto. Buenas noches, Nick.

—¿No quieres que compremos juntos? ¿Tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—De estar conmigo —contestó él—. No me digas que el bulldog de

Lawford no es capaz de ir de compras con su ex. Por una buena causa, además.

Carolyn levantó la barbilla, orgullosa.

—Por supuesto que puedo comprar contigo.

—Y no dejarte afectar por mi personalidad ganadora —sonrió Nick.

Esa sonrisa era una tentación para lanzarse de cabeza otra vez a… ¿a qué? A la diversión, a la vida. Aunque sólo fuera un segundo.

—¿Qué personalidad ganadora? He oído que has perdido tus dos últimos casos.

—¿Está usted siguiendo mi carrera, señorita Duff?

—No, claro que no.

—Pues cualquiera lo diría. ¿Por qué a la ayudante del fiscal del distrito le importa lo que hace un colega que no trabaja en el mismo campo?

Carolyn levantó la barbilla un poquito más.

—Sólo quería comprobar que hace las cosas bien, señor Gilbert. Y que no se salta ninguna regla.

—¿Y desde cuándo yo no me salto las reglas?

Carolyn no pudo dejar de recordar el día que lo conoció. Ella salía de la biblioteca de la facultad cargada de libros, preparándose para una sesión maratoniana de estudio antes de los exámenes finales.

Se había matriculado en la Universidad de Lawford un mes antes y el cambio respecto a Boston no le había resultado fácil. Pero había encontrado la forma de acostumbrarse, como hacía siempre en la vida… porque no tenía más remedio.

No tenía dinero para seguir pagando sus estudios en Boston y había optado por la única universidad que le ofrecía una beca, pero no era fácil acostumbrarse a los informales estudiantes de Indiana, tan diferentes a los serios y estirados bostonianos. En un mes no había hecho un solo amigo.

Y mientras atravesaba el campus, nerviosa por la mirada de sus compañeros, había tropezado con un agujero y los libros habían empezado a caerse…

Y entonces apareció Nick Gilbert, corriendo hacia ella para sujetar los libros. Y luego había hecho lo más absurdo del mundo para parecer simpático.

Había hecho desaparecer una moneda de veinticinco centavos en su oreja.

Pero con ese simple e inesperado truco de magia, Nick se la había ganado.

—Bueno, ¿entonces qué? —sonreía Nick ahora—. ¿Nos peleamos solos en esta jungla de juguetes o unimos fuerzas?

Ella tuvo que sonreír.

—Muy bien, de acuerdo. Compraremos juntos, pero sólo porque, evidentemente, esto se te da fatal.

—Ah, ya veo, lo haces por compasión, ¿no?

Carolyn soltó una carcajada. Se sentía alegre, feliz. Algo que no había sentido en semanas… en meses. Cómo añoraba esa sensación y, sin embargo, al mismo tiempo quería huir de ella.

—¿No necesitas compasión, señor Lágrimas o Eruditos?

—Necesito mucho más que eso, Carolyn.

La forma de pronunciar su nombre, con esa voz ronca, tan masculina, la que hablaba de noches oscuras, sábanas revueltas y ardientes recuerdos, despertó imágenes que creía haber olvidado. Pero no las había olvidado. Estaban esperando… esperando un momento como aquél para aparecer de nuevo.

Cómo le gustaría estar en los Juzgados en lugar de en la juguetería. Ése era el mundo que conocía, el que podía predecir. Y Nick Gilbert era tan predecible como un tigre en una carnicería.

—Jugar a las casitas —dijo entonces, poniéndose en acción—. Eso es lo que necesitamos.

—¿Tú y yo? ¿Jugar a las casitas? Pensé que ya lo intentamos y no había funcionado.

—No para nosotros. Para… los niños —Carolyn tragó saliva. Aquello era un error, hablar con Nick era un error. Pero había hecho un trato y no podía renegociarlo con un abogado. Y especialmente con Nick—. Me refiero a los niños a los que apadrinamos. A las niñas les gusta jugar a las casitas. Fingir que van a la compra, ponen la mesa y todo eso…

—Pero tú no, ¿verdad? ¿O tú sí has jugado a las casitas? Quizá cuando imaginaste que podrías ser mi esposa durante más de un par de días.

—Tú sabes que ésa no soy yo. No soy un ama de casa.

—Seguimos teniendo eso en común. Yo aún no estoy domesticado. ¿Y tú, Carolyn? ¿Qué tal te han ido las cosas durante estos tres años?

Carolyn alargó una mano para mirar el primer juguete que encontró en la estantería.

—¿Qué tal esta cocinita para Angela?

—Reconozco esa táctica. Apartar la atención de lo personal para volver al trabajo, ¿eh?

—Nick, si no vas a tomarte esto en serio…

—Pues claro que me lo tomo en serio —Nick se irguió, molesto—. Tanto como tú.

Luego empujó su carrito hacia la estantería en la que estaban las cocinitas y la comida de plástico. Todo serio, dejando de bromear.

Y Carolyn no estaba desilusionada. Nada en absoluto.

—¿Qué tal esto para Angela? —Nick le mostró una caja con

sartenes, cacerolas, huevos de plástico, beicon, cajitas de cereales…

—Perfecto —dijo ella—. Cuando yo era pequeña no hacían juguetes así de bonitos, así que solía sacar las cosas de la cocina y obligaba a mi pobre padre a hacer que se las comía. Oh, cómo le hacía sufrir al hombre con mis cafés y mis cenas.

Nick sonrió.

—Mis hermanas intentaban hacernos lo mismo a mi hermano y a mí, pero nosotros éramos rápidos. Robábamos las galletas y salíamos corriendo al patio. Linda, María y Elise siguen pensando que Daniel y yo somos hijos del demonio porque arruinábamos sus planes de recrear la hora del té del Sombrerero Loco.

Carolyn soltó una carcajada.

—Nunca conocí a tu familia, pero deben de ser simpáticos.

—Tú les habrías caído bien.

Habían estado casados tan poco tiempo que no pudieron presentar a las familias… aunque por parte de Carolyn no había nadie a quien presentar.

¿Le habría hablado de ella a su familia? ¿Les habría hablado a sus hermanas de la mujer que le había robado el corazón y luego se lo había roto, todo en el espacio de unos meses?

Carolyn intentó apartar de sí esos pensamientos. Tenía buenas razones, razones que Nick se había negado a ver entonces. Él insistía en que había que esperar, que acababan de casarse…

«Quédate un poco más, no te vayas», le había dicho. Sin entender que tenía que hacerlo.

Tenía que subir a un avión. No podía quedarse en Indiana, haciendo el papel de esposa feliz mientras el hombre que había asesinado a su padre seguía siendo un peligro para otras personas. Cuando volvió a casa, el divorcio estaba finalizado. Nick se había encargado de todo.

Y había sido lo mejor, se decía a sí misma.

Pronto habían llenado el carro de juguetes para Angela y le tocaba el turno a su niño, Bobby.

—Para tu información, a los chicos no les gusta jugar a las casitas, así que vamos a otra zona —Nick la llevó hacia las estanterías de camiones y coches eléctricos—. Esto le gustará —sonrió, tomando un camión rojo tan grande que dentro podría meterse un cachorro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque una vez fui un niño. Y tenía uno de éstos, pero el mío no estaba terminado así de bien —Nick miró el juguete con expresión soñadora—. Lo pasé estupendamente con este camión. Recuerdo las Navidades que me lo regalaron, cuando tenía cinco años. Mi hermano quería jugar con el camión y se lanzó sobre mí… pero yo me aparté y el pobre se hizo un corte en la barbilla con la mesa de café. Acabó en

el hospital el día de Navidad. Y tuvieron que darle varios puntos.

—Pobrecillo.

—Mi madre es una santa… y más decidida que nadie. Cuando vio que Daniel estaba sangrando le dijo a mi padre lo que había que hacer en la cocina, metió al niño en el coche y se fue al hospital, tan tranquila.

—¿Y quién hizo la comida de Navidad?

—Intentamos hacerla entre todos, pero organizamos un desastre. Cuando volvieron del hospital, Daniel con la barbilla llena de puntos, mi madre lo arregló todo y salvó la Navidad.

Carolyn pensó en cómo habría reaccionado su tía Greta ante tal situación. Para empezar, eso nunca habría ocurrido porque no había familia feliz alrededor del árbol de Navidad. Ni risas, ni pavo relleno. Pero de haberlo habido, Greta sencillamente no habría permitido el caos. En casa de su tía no había caos, nunca. Y los niños no se arriesgaban a nada. No corrían, no montaban en bici por la acera, no hacían nada que pudiera constituir un riesgo.

—Tu familia parece de novela.

Nick sonrió, echando el camión en su carrito.

—A veces creo que lo era —le dijo, mirándola a los ojos—. Carolyn…

—Bueno, vamos a terminar con las compras. Quiero volver a casa lo antes posible. Tengo un montón de trabajo esperándome —Carolyn siguió adelante, interrumpiendo a Nick y la atracción que había visto en sus ojos.

—Sí, buena idea. Deberíamos darnos prisa. Yo también tengo mucho trabajo.

Pronto se habían gastado cientos de dólares, pero había sido divertido. Casi como…

Casi como cuando estaban casados. Nunca antes Carolyn se había movido sin un plan, empujada sólo por el deseo, por la ilusión.

Esa semana no había planeado nada, lo hacía sencillamente. Y, por un momento, creyó que podría tenerlo todo. Ser una esposa y quizá, más adelante, ser madre.

¿Y si las compras de aquel día no fueran para el niño al que había apadrinado? ¿Y si estuviera comprando para su propio hijo?

¿Dónde estarían ahora? ¿Viviendo en una casa de tres dormitorios a las afueras de Lawford? ¿Dándose un beso de despedida por la mañana? ¿O habrían terminado exactamente donde estaban ahora, divorciados, cordiales como colegas y nada más? Nick actuando como un universitario, Carolyn siendo aún la estirada bostoniana…

—Esos niños van a necesitar un camión para llevarse los juguetes —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos.

Carolyn sonrió.

—Creo que he visto uno por ahí…

—No me tientes —rió Nick.

Pero cuando lo miró a los ojos, en ellos vio algo más que la intención de comprar un camión. Había deseo por ella quemando en sus ojos azules. Emanando de su piel, de su proximidad. Y no iba a engañarse a sí misma, también lo sentía ella.

Pero el pasado era el pasado.

Habían cometido un error una vez. Sólo un idiota lo cometería dos veces.

—Bueno, pues ya está. Yo puedo ir a comprar la ropa y las sábanas si tú te encargas de esto. ¿Te importaría llevar todos los juguetes mañana? Mi coche no es muy grande…

—No, claro. Ningún problema.

Carolyn sacó el monedero del bolso para pagar sus juguetes y volvió a guardarlo después, aclarándose la garganta.

—¿Nos vemos mañana entonces?

Nick se acercó y, por un momento, Carolyn se preguntó si iba a besarla. Una parte de ella quería que lo hiciera. La misma parte loca que había actuado sin pensar en la universidad.

Muy bien, probablemente no era la parte de su cerebro a la que debiera escuchar.

—Carolyn…

—¿Qué?

—No te vayas. Aún no. Vamos a tomar una copa… para hablar de los viejos tiempos.

Oh, que fácil sería perder la cabeza otra vez. Pero no, ahora era mayor, más sensata.

—¿Para qué? ¿Qué ha cambiado? Tú nunca te tomaste en serio la relación. Y yo siempre iba a poner mi carrera por delante.

—En nuestra ruptura hubo algo más que eso. Mucho más, Carolyn —dijo él, sin dejar de mirarla a los ojos.

A pesar de sus propias palabras, por un segundo le habría gustado que hubiese un punto de encuentro entre los dos. Su parte racional le decía que era deseo, nada más. Y ella no tenía tiempo para un hombre como Nick, un hombre que la distraía de todo, que le hacía olvidar el trabajo que llenaba todos los días de su vida.

Entonces no había tenido tiempo y seguía sin tenerlo. Tomar una copa con él no resolvería el problema.

—Tienes razón —le dijo—. Pero las razones siguen ahí.

La temperatura en la tienda pareció descender varios grados.

—Como siempre, sus alegatos son indiscutibles, letrada. Bueno, entonces nos vemos mañana —Nick se dio la vuelta.

Mientras lo veía desaparecer, Carolyn intentaba convencerse a sí misma de que había hecho bien rechazando la invitación. Porque Nick



Gilbert era un helado de chocolate y fresa demasiado apetecible y ella, en aquel momento, se sentía intolerante a la lactosa.

Capítulo 3

Nick, en la cocina de su casa a las afueras de Lawford, se peleaba con la plancha, maldiciendo al tipo que inventó la maldita cosa.

—Recuérdame otra vez por qué voy a ese sitio.

—Porque eres un hombre al que le importan los niños —contestó su hermano, Daniel, que había ido a hacerle la visita de rigor.

Por supuesto, ya había abierto la nevera, quejándose sobre su elección de alimentos, y le había echado un vistazo a su colección de DVD para llevarse dos películas, como si su casa fuera un video-club. Nick no se quejaba. Le gustaba su compañía y toleraba las intrusiones de su hermano como… como se toleraban las intrusiones de los hermanos.

Daniel, que tenía el mismo pelo oscuro y los mismos ojos azules de todos los Gilbert, era escritor y vestía de manera informal. Tanto que en su armario no había nada más elegante que unos vaqueros.

—Y es normal que te lleves bien con los niños —siguió—. Al fin y al cabo, creciste con cuatro hermanos.

—No me refería a los niños. Quiero decir, ¿por qué voy a un sitio en el que va a estar Carolyn?

¿Una coincidencia? ¿O una segunda oportunidad con la mujer a la que nunca había podido olvidar?

Nick volvió a maldecir la plancha cuando apretó un botoncito y un chorro de agua cayó sobre el polo blanco.

—¿Qué tienen estas cosas, un motor a reacción?

—¿No te enseñó mamá a cuidar de ti mismo antes de lanzarte a la jungla? Espera, deja que lo haga yo —suspiró Daniel—. Pero mira que eres desastre.

Nick dio un paso atrás, asombrado de que su hermano pequeño supiera utilizar aquel aparato del infierno. En cinco minutos, Daniel había planchado el polo.

—¿Cómo lo haces?

—Se llama ser soltero y pobre, o sea que no tengo dinero para llevar la ropa a la tintorería —Daniel sonrió mientras desenchufaba la plancha—. Además, yo no estoy distraído pensando en una mujer.

—Yo tampoco estoy distraído.

Su hermano arqueó una ceja.

—Bueno, sí, quizá un poco —Nick se puso el polo y guardó las llaves en el bolsillo del pantalón—. Pensé que la había olvidado, pero anoche, cuando la vi en la juguetería…

—¿*Love Story* otra vez?

—No, qué va. Más bien un *remake* de nuestros peores momentos.

Pero recordaba por qué se había sentido atraído hacia ella. Por qué

se había casado con ella… aunque luego Carolyn había vuelto a ser la estirada fiscal, la mujer tan divertida como una bolsa de piedras. Y Nick recordó por qué habían roto.

Sin embargo, no había sido sólo culpa de Carolyn, Nick lo sabía. Tampoco él había sido precisamente sensible ni candidato al premio del marido del año.

—Me alegro de que nuestro matrimonio se rompiera después de unos días en lugar de unos años. Carolyn siempre fue demasiado estirada para mí. Yo quiero una mujer con la que pueda pasarlo bien, que me haga reír, que sepa vivir. No alguien que me vuelva loco. Y cuando pienso en Carolyn Duff, volverme loco es justo la expresión que se me ocurre.

Daniel se inclinó para acariciar a Bandido, el pointer terrier de su hermano. El perrito movió furiosamente la cola, tanto que estuvo a punto de tirar el triste ficus que había tras él. No lo tiró, pero una cascada de hojas secas cayó al suelo.

—También habría buenos momentos, imagino.

Había un recuerdo en particular: las luces de neón de Las Vegas brillando en la piel color melocotón de Carolyn mientras usaban todas las superficies de la suite en el Mirage… la veía reír, casi podía oler el aroma del gel de grosellas del baño…

—Sí, bueno, quizá un par de buenos recuerdos.

Era más que eso y lo sabía. Nick sacudió la cabeza. Por buenos que hubieran sido esos momentos, el final había sido rápido e imprevisible, como el ataque de una guerrilla, destrozándolo en medio de la noche.

Carolyn lo había dejado con la palabra en la boca, insistiendo en romper su matrimonio tan rápido como había empezado, diciendo que a él no le importaba, que no la escuchaba…

Y entonces seguramente era verdad. Pero tampoco ella le había dado una oportunidad.

Mejor, pensó. No estaban hechos el uno para el otro.

Desde el día del divorcio, Nick y Carolyn se habían convertido en extraños, aunque extraños que una vez habían compartido cama. Y, sin embargo, la noche anterior había intuido en ella cierta vulnerabilidad, una mella en su armadura. Y, como abogado que era, había visto eso como una duda en la declaración del testigo.

Se preguntó si se había equivocado al dejarla ir. ¿Podrían hacer que funcionara si lo intentasen otra vez?

Nick sacudió la cabeza. Él no había cambiado mucho en tres años y, por lo que había visto de Carolyn, tampoco ella.

—Casarnos fue una locura, Daniel.

Definitivamente, una locura.

Sin embargo, en raros momentos, Nick pensaba exactamente lo

contrario. Pensamientos locos en medio de la noche, sueños en los que aparecían luces de neón. Entonces se levantaba para comer algo o se servía un whisky mientras paseaba por la casa.

Aunque no tenía muchas pruebas en aquel caso, sabía cuándo alguien estaba escondiendo la verdad. Y Carolyn estaba escondiendo algo cuando le devolvió la alianza.

Nick se encogió de hombros. Eran dos personas totalmente diferentes y su matrimonio se había roto de forma definitiva. Dos buenas razones para olvidarse de Carolyn Duff de una vez por todas.

—A lo mejor no ha sido un accidente que os encontraseis —sugirió Daniel—. Los dos habéis apadrinado un niño… a lo mejor es cosa del destino.

—¿Quieres dejarlo de una vez?

—Sólo si me dices por qué te pusiste a hablar con ella después de tanto tiempo.

—Por desesperación —suspiró Nick—. Los dos estábamos buscando juguetes para los niños… y no sabíamos qué comprar. Nos aliamos por obligación, nada más.

—Ya. ¿No podrías haberle preguntado a algún dependiente? O podrías haber llamado a María, que hubiera estado encantada de aconsejarte.

—Sí, ya… la verdad es que no pensé en eso.

—Lo que pasa es que te quedaste cegado por esa chica que te sigue poniendo a cien.

Nick puso los ojos en blanco.

—Si no fueras mi hermano, dejaría de hablarte. Te he dicho un millón de veces que Carolyn y yo no nos llevamos bien. ¿Conoces ese dicho sobre el cocodrilo y el pájaro?

—Sí.

—Bueno, pues intenta imaginar esa misma fábula con un halcón y un tiburón.

—Supongo que tú serías el tiburón, claro. Los abogados sois todos iguales —rió Daniel.

—Oye, tú sabes que yo no soy como los demás abogados. Soy menos… convencional. Más divertido.

—Pues ahora mismo pareces más bien convencional —sonrió su hermano, señalando el polo con un dedo mientras Bandido aprovechaba el momento para dejar una naranja de plástico a sus pies.

—Sí, bueno, pero por dentro no lo soy —Nick se levantó la manga del polo para mostrar el tatuaje que se había hecho en la universidad, un tiburón de cómic que no se veía bajo las camisas, pero normalmente asomaba bajo la manga de las camisetas.

—Sí, claro, no esperaba menos de ti. Y te queda muy bien, pero… ¿te das cuenta de que tanto los tiburones como los halcones son

predadores?

—¿Eh?

—Que, según tú, los dos sois el mismo tipo de animal —Daniel sonrió, tirando la pelota al pasillo para que Bandido fuera a buscarla —. ¿Qué coche vas a llevar a la merienda?

—No sé. ¿Por qué?

—Como sé que te gusta impresionar a las chicas… ¿qué llevaste al baile de fin de curso?

—Un tractor —rió Nick—. Mi cita casi se muere del susto, pero a nadie se le olvidará nunca esa entrada espectacular —añadió, quitándole la pelota a Bandido para tirarla de nuevo al pasillo—. Este perro no aprende nunca.

—Ni tú tampoco. Sigues tan loco como cuando éramos niños. Regalarle a tu ayudante un viaje a Jamaica…

—Para aumentar la moral en la oficina.

—Cantar en un karaoke sin acompañamiento musical…

—Sólo para pasarlo bien.

—¿En el Juzgado?

Nick se encogió de hombros.

—Pero gané el caso. Demostré que la cancioncita de mi cliente no era ofensiva.

—Dar una fiesta de cumpleaños para tus sobrinos con ponis y un zoo entero en el jardín… tú sabes que a Elise casi le da un infarto —Daniel sacudió la cabeza—. Te gusta pasarlo bien, eso está claro.

Su hermano tenía razón. Después de crecer en medio de una familia numerosa, divertirse era algo que sabía hacer bien y le daba una sensación de… consuelo. Y lo ayudaba a pensar que aún no se había vuelto adulto del todo.

Pero últimamente se estaba cansando. Tenía una casa, pero estaba vacía… salvo los domingos por la noche cuando sus amigos iban a ver el partido. Salía con mujeres con las que se reía, mujeres que eran… divertidas. Pero nada serias.

Carolyn Duff era una chica seria. La chica más seria del campus de la Universidad de Lawford. Tan seria que se había convertido en un reto. Por eso decidió hacerla reír como fuera. Pero después de la primera cita había encontrado algo en ella que no encontraba en ninguna otra chica; una profundidad, una personalidad que le hacía desear intentarlo de nuevo. Ser más de lo que había sido hasta aquel momento. Ella le daba un toque de sobriedad a su vida que lo hacía jugar con la idea de sentar la cabeza, de convertirse en un adulto. Y por eso había tenido la idea loca de casarse en Las Vegas.

Porque pensó que podía tenerlo todo.

Pero no.

Nick se tragó el amargo sabor de la desilusión. Era más feliz así, de

todas formas. Libre, sin ataduras. Sin tener que darle explicaciones a nadie.

Después de guardar en el bolsillo las indicaciones para llegar al parque donde tendría lugar la merienda, comprobó de nuevo si llevaba las llaves y la cartera, junto con una baraja.

—Bueno, hoy no pienso hacer nada parecido. He tenido sorpresas más que suficientes por un tiempo.

Daniel acompañó a su hermano a la puerta y esperó mientras cerraba con llave, dejando a un triste Bandido dentro.

—En lo que se refiere a ti y a Carolyn, creo que las sorpresas acaban de empezar.

—No, de eso nada. Lo nuestro se terminó el día que me dejó, hace tres años.

—Ya —murmuró su hermano, incrédulo—. Me lo creeré cuando os vea juntos y no pase nada. ¿Recuerdas el día que me pasé por los Juzgados para comer contigo, hace un año? Os vi en el pasillo y tengo suerte de seguir vivo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Daniel se llevó una mano al corazón.

—Cómo os mirabais… erais como las espadas láser de *La guerra de las galaxias*. Ella te desea, tú la deseas. Pero hombre, si hasta un niño podría verlo.

—Te olvidas de todo lo que incluye esa ecuación. Por ejemplo, que ella me dejó, aunque le supliqué que no lo hiciera. Y que de pronto se dio cuenta de que no tenía tiempo para el matrimonio, que casarnos había sido una decisión absurda… como comprarse un par de zapatos que no pegan con un vestido.

—¿No estás siendo un poco cínico?

—Mira quién habla. Ven a darme lecciones cuando te hayas comprometido con alguien.

Daniel levantó las manos en señal de rendición.

—Como tú digas.

—Bueno, vamos a dejar el tema —suspiró Nick.

Hacía calor y se alegraba de llevar pantalones cortos. Los organizadores del evento indicaban en la tarjeta «vestimenta informal», afortunadamente. No había nada peor que estar todo el día bajo el sol vestido con traje de chaqueta.

—Una última cosa —insistió su hermano—. ¿Sigues diciendo que no estás interesado en ella?

—No hay nada entre nosotros. Nada en absoluto.

—No me mientas. Yo conozco las señales… sé cuándo te estás arreglando para una cita.

—Es una merienda benéfica. Para niños necesitados.

—¿Y los niños necesitan que te pongas colonia y lleves el polo bien

planchado?

—Quería estar… —Nick interrumpió la frase antes de decir «guapo» porque eso implicaría que le importaba lo que Carolyn pensara—. Quería tener un aspecto profesional.

—Bueno, muy bien. Pues vamos a ver si Carolyn te mira de manera «profesional» —Daniel le guiñó un ojo—. Y cómo he dicho antes, a ver cuánto tiempo sois capaces de resistir.

Carolyn estaba sentada frente a una mesa de madera en el parque municipal de Lawford, rodeada de niños que jugaban y charlaban sin parar, haciendo lo imposible por no mirar hacia la entrada y concentrarse en lo que estaba haciendo. El problema era que no hacía bien ninguna de las dos cosas.

Se había comprado un vestido, maldita Mary y sus sugerencias, esa misma mañana. Carolyn pasó la mano por la falda del vestido blanco y azul, enfadada por haberse tomado tantas molestias con su apariencia.

—Jo, señorita Duff, ¿no sabe hacer un águila? —suspiró una niña con una etiqueta en la camisa que decía Kimberly—. Yo aprendí a hacer pájaros en la guardería.

Carolyn maldijo a quien se le hubiera ocurrido encargarle esa tarea. Había pegamento y trozos de papel por todas partes, pero aquello no era lo suyo.

Tenía que poner el pico en algún sitio… y que Dios la ayudase si no lo ponía bien porque entonces, aparentemente, el águila no podría comer.

Los niños la habían informado, con cierto aire de desdén, de que su primer águila moriría de hambre. Así que estaba haciendo un segundo intento.

Y, evidentemente, lo que le salía era algo así como un águila aplastada por un camión en medio de la carretera.

—No hay ninguna regla que diga que tenemos que hacer un águila. ¿Qué tal una mariposa? ¿O un gorrión?

Kimberly la miró, haciendo un puchero.

—Yo quiero un águila.

Ésa era la razón por la que no tenía hijos: no sabría qué hacer con ellos después del parto. Por qué le habían asignado aquella mesa, no lo sabría nunca. Tenía que ser idea de Mary.

Pero se ponía nerviosa al pensar que estaba a punto de conocer al niño al que había apadrinado. Aunque no debía ponerse nerviosa. Ella se enfrentaba con criminales todos los días… y con abogados defensores, igualmente peligrosos. Y con sombríos jueces. No debería ponerla nerviosa conocer a un niño de cinco años.

—Kimberly, vamos a olvidarnos del águila, ¿eh? —sonrió, sacando un montón de banderitas de un cesto—. Mirad, banderitas norteamericanas. El símbolo perfecto para el Cuatro de Julio, el día de la independencia.

Pero ni Kimberly ni los demás parecían convencidos. ¿Cuándo se le había olvidado a ella cómo hacer trabajos manuales? ¿Cuándo había dejado de ser una niña?, se preguntó Carolyn.

Entonces lo recordó, sintiendo que se le partía el corazón. El día que vio morir a su padre. No, no morir… había sido asesinado. Le habían disparado delante de ella.

Su padre había sacrificado su vida por ella.

El recuerdo la dejó sin aire por un momento, como una herida que no hubiese curado del todo. Había perdido a su padre, había perdido todo su mundo y la habían enviado a vivir con su tía Greta, que no creía en jugar con los niños sino en la disciplina y el trabajo duro.

Entonces tenía nueve años, probablemente la misma edad que muchos de los niños que había allí. Y todavía era demasiado pequeña, ahora lo sabía, para dejar de jugar a hacer animales de papel.

Intentando olvidar tan tristes pensamientos, Carolyn devolvió su atención a la media docena de niños que la rodeaban. Los niños estaban ocupados pintando sus animales y no parecían darse cuenta de que muchos de ellos vivían con familias cuyos ingresos estaban por debajo del índice de pobreza. De ahí la merienda benéfica. Y por ellos, al menos, debería hacer algo mejor que una banderita.

—He pasado el examen de Derecho, puedo hacerlo —murmuró.

Además, así dejaría de pensar en Nick. Y, con un poco de suerte, él sólo iría a dejar los juguetes y se marcharía después. Sí, seguramente haría eso. Después de su encuentro en la juguetería, no tendría ganas de charlar con ella.

Carolyn tomó una regla y una hoja de papel y se concentró en dibujar un animal.

—Por lo menos ése no parece muerto —murmuró una niña que se llamaba Verónica.

—Gracias.

—Veo que has conseguido hacer amigos.

Nick.

Carolyn se volvió, intentando mostrarse distante y fría como un cubito de hielo. Y no era fácil, considerando que Nick estaba guapísimo con esos pantalones cortos de color caqui.

Entonces vio asomar el tatuaje bajo la manga del polo y un escalofrío de deseo la golpeó con tal fuerza que tuvo que morderse los labios. Seguía teniéndolo. Pues claro que seguía teniéndolo. Un tatuaje era una cosa permanente.

Entonces recordó el día que se conocieron. Aquel día también vio

el tatuaje asomando bajo la manga de la camiseta y se sintió intrigada. Atraída. Después del truco de magia charlaron durante un rato y ella hizo algo que no había hecho nunca…

Le pidió que fuesen a tomar un café; una cita que duró hasta el día siguiente. No porque se acostaran juntos, sino porque no habían dejado de hablar. Hablaron durante días, sobre todo y sobre nada. En Nick encontró a alguien diferente, tan abierto, tan divertido, tan cálido. Tres semanas después estaban casados.

Cuatro días más tarde, divorciados.

Y tres años después, seguía sin poder olvidarlo. Ni a ese tatuaje.

—¿Ha venido a echarnos una mano con los trabajos manuales, señor Gilbert?

—Pues no… —Nick dejó la enorme bolsa llena de regalos a su lado —. No se me dan muy bien esas cosas. Además, creo que tú lo tienes todo controlado.

Carolyn rió.

—No, qué va. Al contrario.

—En realidad, venía a preguntar si habías visto a Mary. Sé que los niños más pequeños están a punto de llegar y estoy deseando conocer a Angela.

¿Por qué se sintió decepcionada? ¿Por qué no se había fijado en su vestido? ¿Por qué no había notado que llevaba el pelo suelto? No quería que volviera a sentirse interesado por ella, no quería revivir el pasado, se dijo.

—La última vez que la vi, estaba en la mesa de la comida.

En lugar de mirar en esa dirección, Nick siguió mirándola durante unos segundos y Carolyn sintió que podía ver más allá del muro que había construido, de la armadura que había colocado sobre su corazón durante esos años.

—Estás preciosa.

Aunque, de repente, su corazón latía como si quisiera salirse de su pecho, Carolyn se negaba a reaccionar. Desafortunadamente, sus hormonas no parecían estar de acuerdo.

—Gracias.

Nick estaba tan cerca que podía ver los puntitos dorados en sus ojos. Si se acercaba un poquito más, podría tocarlo…

—La señorita Duff tiene novio —rió Verónica.

Los otros niños empezaron a reír también, tapándose la cara, entre divertidos y avergonzados.

—Sólo somos colegas. Y no somos novios.

Ni ahora, ni más tarde. Ni nunca.

—¿Qué es un colega? —preguntó un niño llamado Paul.

—Una persona que trabaja en lo mismo que tú —sonrió él, revolviéndole el pelo—. ¿Qué estáis haciendo?

—Animales de papel y banderitas.

—Uf, eso es muy aburrido —Nick sacó una baraja del bolsillo del pantalón—. ¿Quién quiere aprender a hacer trucos de magia?

Todos los niños levantaron la mano, pero Nick se volvió hacia ella.

—No, yo…

—Señorita Duff, ¿quiere hacerme el honor de elegir una carta?

Carolyn miró a los niños y los niños la miraron a ella, expectantes.

—Muy bien, de acuerdo —suspiró, tomando una carta de la baraja y mostrándoles el tres de diamantes. Luego, sin que la viera Nick, volvió a meterla en la baraja.

—A ver, no me lo digas… —él cerró los ojos mientras ponía una mano sobre la frente de Carolyn—. Estoy viendo algo… rojo.

Verónica y Kimberly contuvieron una exclamación.

—Y es de diamantes.

Los niños se miraron, atónitos.

—¿La carta era… el tres de diamantes por casualidad?

Los niños empezaron a gritar.

—¡Yo quiero que me enseñes!

—¿Cómo ha sabido cuál era la carta?

—Ah, es magia. No puedo contaros cómo lo hago.

Mientras los niños exigían que les dijera cómo hacerlo, en la entrada del parque apareció un autobús amarillo con los niños más pequeños y Mary les hizo un gesto con la mano.

—¿Estás lista? —preguntó Nick.

—Sí, claro —contestó Carolyn.

Aunque no era verdad.

—Seguro que Bobby y tú os lleváis estupendamente.

Ella no estaba tan segura, pero se levantó para limpiar los recortes de papel de la mesa. Nick hizo lo mismo y, por un segundo, sus manos se rozaron…

Carolyn sintió una oleada de deseo, como si le hubieran negado el agua durante un mes y, de repente, llegase a un lago de aguas cristalinas. Pero sólo porque no lo había tocado en tres años. Nada más.

Maldito fuera Nick Gilbert. Estar con él siempre era así… absurdo, mareante.

Le hacía olvidar sus prioridades. Olvidar lo que era importante. Y, sobre todo, olvidar que cuando lo necesitase de verdad, él no estaría allí.

Si había algo que su tía Greta le hubiera metido en la cabeza era esto: salirse del camino trazado provocaba errores. Y los errores llevaban a resultar herido, a perder a las personas que uno quería. Llevaba a encuentros fortuitos con hombres que deberían estar entre rejas y no poniendo una pistola en la cabeza de la gente.

No. No volvería a estar con Nick.

Carolyn guardó las tijeras en un cesto. Si fuera un poco lista le pincharía con ellas. Pero en un parque lleno de abogados, un asalto a mano armada seguramente no era buena idea.

—Carolyn…

La manera en la que pronunciaba su nombre, con el mismo tono suave que había usado años atrás, hizo que se detuviera. No se movió, no se dio la vuelta. No miró esos ojos azules. Porque sabía que si lo hacía estaría perdida.

—¿Qué?

—Todo va a salir bien. No pasa nada.

Aquel hombre la conocía demasiado bien. Conocía su pasado, conocía sus secretos. Y eso le daba una ventaja injusta sobre ella.

Carolyn terminó de limpiar la mesa, evitando su mirada.

—Pues claro que sí. Disfruta del día, Nick.

—Usted también, señorita Duff —murmuró él, seco, antes de darse la vuelta.

Los niños estaban saliendo del autobús. En un segundo aparecería Bobby y Carolyn le daría sus regalos, comerían juntos y la merienda terminaría. Nick se iría a casa y lo mismo haría ella, dando por terminado su temporal reencuentro. Afortunadamente.

Sabía que había tomado la decisión adecuada, antes y ahora. Nick era la espontaneidad personificada. Ella era de las que iban por un camino previamente trazado. Ella sabía qué era lo suyo: trabajar en un ambiente que pudiese controlar, que pudiese predecir. Así era como había sobrevivido tras la muerte de su padre. Era lo que entendía, un mundo tan confortable como una manta.

Nick Gilbert, por otro lado, era impredecible. Resultaba imposible controlarlo o razonar con él. Y ésa era la razón por la que debía quedarse en el pasado… en cuanto hubiese terminado aquel día.

Capítulo 4

Nick perdió el concurso de miradas hostiles cuando apenas había empezado.

—Mira, ya he hecho esto antes —empezó a decir Angela—. Y no tienes que hacerlo, no tienes que quedarte conmigo ni hacerte el bueno. Sé que sólo estás aquí porque tienes que estar.

Nick disimuló un gesto de sorpresa.

—Igual que tú, ¿no?

—Sí.

Nick alargó la mano y esperó a que la niña pusiera la suya en ella para darle un apretón.

—Estamos de acuerdo. No seremos amigos, sólo…

—Sólo hasta que termine la merienda y luego volveré con mis padres de acogida.

Los demás niños jugaban con sus nuevos juguetes. Angela, sin embargo, actuaba como si no quisiera saber nada.

«Qué triste», pensó Nick. No tenía mucha experiencia con niños, además de la experiencia con sus hermanos, pero hasta él sabía que los niños no deberían comportarse así, con esa amargura, con ese escepticismo. Como si todo les diera igual.

—Muy bien, yo soy nuevo en esto, así que tendrás que explicármelo.

Angela puso los ojos en blanco.

—Todo esto… la gente, los regalos, es como si fuera un día de fiesta, pero no es verdad.

—Lo siento.

Angela se quitó una invisible mota de polvo de los vaqueros. Estaban limpios pero gastados y Nick se preguntó si serían de segunda mano, si serían los pantalones de algún otro niño de la familia con la que se alojaba. O de su antigua vida.

—Los padres de acogida no están tan mal. La mayoría.

—¿Los tuyos no están mal?

Angela se encogió de hombros.

—Éstos son mejores que los otros.

Nick no se atrevió a preguntar por «los otros». Era evidente que aquella niña había tenido que sufrir más en sus seis años de vida que él a sus veintiocho. De repente, le gustaría abrazarla y decirle que todo iba a salir bien, pero no podía hacerlo.

—¿Estás contenta con ellos?

—Sí, dicen que quieren adoptarme —Angela señaló a una pareja alta de aspecto simpático—. Estoy esperando a ver lo que hacen.

No quería encariñarse hasta que lo hicieran de verdad,

evidentemente. Nick vio un brillo de esperanza en los ojos de Angela, pero la niña enseguida se bajó del banco.

—Puedo ir a jugar con los otros niños y tú puedes ir a hablar con los mayores, si quieres.

—No, estoy bien aquí. Voy a contarte un secreto: los abogados no son nada divertidos. Y no saben ningún chiste.

Angela sonrió, pero enseguida se puso seria de nuevo.

—Sí, bueno.

Era dura como el pedernal, tenía que serlo.

Nick metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de veinticinco centavos.

—¿Tú crees en la magia?

—No, eso es para niños pequeños.

Nick sabía que una parte de ella quería seguir siendo una niña. Y eso era algo que a él se le daba bien.

Inclinado sobre ella, haciendo desaparecer y reaparecer la moneda detrás de su oreja, en el cuello, en la camiseta… conseguía hacer sonreír a la niña que había dejado de confiar en la magia. Nick miró entonces hacia Carolyn. Incluso desde allí podía ver su erguida postura y la frustración en su rostro mientras intentaba conectar con Bobby.

Y se dio cuenta de que había visto la expresión de incredulidad de Angela en otros ojos… y que esa mirada seguía estando allí.

Una vez se había propuesto conseguir que se relajara y lo había pasado bien ganando esa apuesta personal. ¿Podría hacerlo una segunda vez? Ya no con la intención de recuperarla, sino para ayudarla con los niños. Desde luego, no sabía quién parecía más incómodo, Carolyn o Bobby.

Cuando Mary reunió a los niños para llevarlos a una excursión por el lago, Nick decidió acercarse a ella. Pero algo le decía que, esta vez, para saltar los muros que Carolyn había levantado haría falta algo más que un truco de magia.

Nick apareció a su lado sin hacer ruido, pero podría haber sido tan silencioso como el viento y aun así Carolyn hubiera sentido su presencia.

—¿Necesitas ayuda?

¿Necesitaba ayuda? Necesitaría un ejército para resolver aquello, pensó. Bobby Lester se había quedado completamente mudo después de decirle «hola» y «gracias» por los regalos.

—No, estoy bien.

—Y hay una manada de elefantes haciendo un desfile por el parque —bromeó Nick, poniendo una mano en su hombro—. No es malo

pedir ayuda, Carolyn.

—No, en serio, esto no es nada… un par de juegos con los niños y ya está.

Niños que no querían hablar con ella. Niños que le resultaban tan extraños como marcianos.

Podía hacerlo. Demonios, podía dominar un juicio, podía conseguir que duros criminales confesaran, podía ganarse a los jurados más hastiados.

—¿Por qué no dejas que te ayude?

—Puedo hacerlo sola, Nick.

—Ah, claro, se me había olvidado. Tú eres Carolyn Duff, el bulldog que trabaja solo y que no necesita a nadie para nada.

—No me llames así. Suena…

—¿Suena cómo?

—Suena tan frío viniendo de ti…

El sobrenombre del que se sentía tan orgullosa significaba que hacía su trabajo, el trabajo que los había separado.

—¿Qué tal si te llamo Carolyn, la cachorrita? —bromeó Nick.

—Un poco mejor —rió ella.

—Mira, sé que esto no va bien —le dijo él al oído.

—¿Cómo que no?

—Por favor, letrada, no sabe mentir.

—Afortunadamente no tengo que subir al estrado como testigo.

Nick la miró entonces, pensativo.

—¿Qué tal todos estos años, Carolyn? ¿Cómo te ha ido desde que rompimos?

Ella iba a decir que bien, pero antes de que pudiera hacerlo, Nick la interrumpió con otra pregunta:

—¿Sigues durmiendo con la luz encendida?

Una pregunta. Eso era todo lo que hacía falta para recordarle que el noventa y nueve por ciento del tiempo tenía su vida controlada, que hacía lo que le gustaba. Y el uno por ciento restante era por la noche, cuando en ocasiones recordaba un momento terrible en su pasado. Un momento que nunca había logrado olvidar.

Carolyn tragó saliva.

—Está en la cárcel, Nick. Todo ha terminado y yo estoy bien —le dijo, antes de darse la vuelta.

—Bueno, si necesitas hablar, estoy aquí. Seguimos siendo amigos, ¿no?

—Por favor… —Carolyn se giró para mirarlo—. Ya no somos nada. Y si necesitara hablar con alguien, no sería contigo.

—¿Por qué no?

—Porque tú no te tomas nada en serio. Ése era el problema, Nick. Y no pasa nada, así eres tú. Eres bueno con los niños y en las fiestas,

no con las relaciones. Así que deja de intentar hacer una sesión de terapia conmigo, déjalo. Además, no tengo tiempo para eso. Tengo que montar los juegos… si no mantenemos ocupados a los niños empezarán a hacer barbaridades y ya sabes que Mary se vuelve loca con esas cosas…

—Oye, no te hagas la mártir. Deja que te ayude.

—Lo tengo todo controlado.

—Sí, claro —sin hacerle caso, Nick empezó a abrir cajas—. ¿No has dicho que soy bueno con los juegos? Pues entonces esto es lo mío, ¿no?

Carolyn sabía que, a pesar de llevar el sobrenombre de «bulldog», ella no era la única con famosa tenacidad canina. ¿Y si Nick hubiera sido así sobre su matrimonio? ¿Y si hubiera luchado por retenerla? Por conocerla de verdad, no sólo para jugar a que estaban casados.

Pero no había sido así. Al principio se negó, desde luego, pero después había firmado los papeles del divorcio sin decir una palabra más.

Se había rendido como lo habría hecho un hombre con un deporte que no se le diera bien. Una parte de ella se había sentido aliviada y otra decepcionada. No, más que eso.

Nick había hecho lo que sabía hacer: conquistarla, ganársela como si fuera un premio y defraudarla después, cuando más lo necesitaba.

—¿Por qué estás aquí, Nick?

—Por lo mismo que tú. He apadrinado a un niño…

—No, quiero decir aquí, conmigo. Hay montones de niños en el parque, hay montones de cosas que hacer. No tienes que ayudarme a mí… o intentar demostrar… lo que sea que quieres demostrar.

—Aquí llegan los niños —una ola de griteríos infantiles lo salvó de contestar—. Agárrate…

—¡Nick! —gritó una niña, lanzándose a sus piernas.

—Hola, Angela —sonrió él, tomándola en brazos—. ¿Lo estás pasando bien?

—Sí, mucho. ¿Te he contado la película que hemos visto después de comer? Era de una sirena. Me encantan las películas de sirenas porque me gusta nadar. Pero no tengo piscina. ¿Tú tienes piscina?

—No, pero también me gusta nadar. Es muy divertido, sobre todo cuando hay un trampolín o un tobogán.

Carolyn miró alrededor buscando a Bobby. ¿Cómo lo hacía Nick? ¿Cómo había conseguido ganarse a la niña en tan poco tiempo?

—Hola, señorita Duff.

Ella bajó la mirada. Bobby estaba a su lado, tan solemne como un juez antes de dictar sentencia.

—Hola. ¿Qué tal la excursión?

—Bueno… regular.

—¿Y la película?

—Regular también.

Carolyn intentó encontrar otro tema de conversación, algo, cualquier cosa.

—¿Te gustan las películas de sirenas?

—No, son para chicas.

—Ya, claro. Bueno, tenemos que organizar unos juegos. ¿Quieres estar en mi equipo? Vamos a hacer carreras de sacos…

—Señorita Duff, usted es…

—¿Qué?

—Una chica. No sé si sabe correr.

—Corría en el equipo del colegio, Bobby. Te aseguro que puedo correr.

Como había pasado un siglo desde la última vez, en realidad no estaba segura. Y su experiencia con niños era nula, pero aun así sonrió.

—¿Qué tal si probamos?

La expresión de Bobby decía claramente que prefería que lo sentenciaran a diez años de trabajos forzados.

—¿Tengo que hacerlo? ¿No puedo sentarme en el banco un rato y mirar?

—Sí, claro —Carolyn lo dejó ir, intentando no sentirse como un completo fracaso.

Estaba rodeada de risas, de niños y padrinos a punto de tomar parte en una carrera de sacos, hablando como si se conocieran de toda la vida. Y ella no era capaz de convencer a un niño de cinco años de que podría ser divertida.

—Te falta una pierna para la carrera, ¿no?

Nick.

Por un momento pensó que lo mejor sería disimular, pero luego decidió que si no conseguía ayuda le estropearía el día a Bobby. Y lo más importante era el niño, no su orgullo.

—He perdido a mi pareja. No me encuentra muy divertida porque soy una chica.

Nick soltó una carcajada.

—Eso lo entiendo.

—¿Ah, sí?

—Me refiero a mi experiencia personal. Recuerda que yo he tenido unas hermanas poco divertidas.

—Las chicas pueden ser divertidas. Yo soy divertida —protestó Carolyn.

—Sí, es verdad. O, al menos, lo eras. Por lo que yo recuerdo.

La frase le encogió el corazón. Pero sabía que esos recuerdos eran tan frágiles como el papel de seda; nada sobre lo que se pudiera

construir un futuro.

—Aparentemente, Bobby no está de acuerdo.

—¿Quieres que hagamos un trueque? Seguro que a Angela no le importa… al principio era un poco cerrada, pero enseguida decidió que podía pasarlo bien.

—Nick, esto no es lo mío. Seguramente debería dejar jugar a los demás…

—¿Cómo vas a aprender a tratar con los niños si no lo intentas?

—¿Y por qué se me tienen que dar bien los niños?

—Porque algún día, señorita Duff, puede que quiera volver a casarse —contestó Nick—. Puede que haya un hombre que logre capturar tu corazón. Un hombre con el que quieras quedarte. Un hombre con el que quieras tener un futuro y una familia. ¿Por qué no pruebas ese futuro hoy mismo?

—Porque… —Carolyn no terminó la frase. No podía hacerlo delante de sus compañeros, preparados para la carrera, esa era una información que no le apetecía compartir con el resto de la comunidad legal de Lawford.

Además, los días en los que le contaba a Nick sus planes de futuro quedaban en el pasado.

—¡Angela, ven! Quiero que conozcas a una amiga mía.

La niña se acercó corriendo, sus rizos rubios saltando arriba y abajo con cada paso.

—Hola.

—Mira, te presento a Carolyn.

—La señorita Duff —lo corrigió ella.

—¿La señorita Duff?

—Bueno, los niños deben aprender a ser respetuosos. Si no se ponen barreras…

—Por el amor de Dios, Carolyn, se supone que esto es un evento informal. Y estamos haciendo nuevos amigos, ¿verdad, Angela?

—Sí —asintió la niña.

—Y los amigos se llaman por el nombre de pila.

—Pero…

—No estamos en un juicio. Es una merienda, relájate.

¿Ése era el problema?, se preguntó Carolyn. ¿Había sido demasiado seria con Bobby? Pero ella no sabía hacer las cosas de otra manera. No tenía experiencia fuera de los Juzgados. Allí estaba en su elemento, pero…

En aquel parque, rodeada de niños, se sentía tan fuera de lugar como si estuviera nadando entre tiburones.

—Toma —dijo Nick, tirándole un saco—. Angela y tú podéis usar éste mientras yo voy a hacer amistad con Bobby. Haremos una carrera de chicos contra chicas.

Angela rió, y el sonido de la risa infantil campanilleó en el aire veraniego.

—¡Las chicas vamos a ganar!

—¿Quieres apostar un trozo de tarta? —rió Nick.

—¡Claro! —Angela se volvió hacia Carolyn—. Podemos ganarles, ¿a que sí, Carolyn? Digo… señorita Duff —la niña dejó de sonreír inmediatamente.

Y, en toda su vida, Carolyn no se había sentido más aguafiestas.

—Claro que sí, Angela —le dijo, sonriendo—. Y llámame Carolyn, por favor.

Capítulo 5

Nick llegó a la meta sin aliento y en medio de un lío de brazos y piernas. Riendo, se inclinó para ayudar a Bobby a levantarse.

—No está mal para un par de aficionados, ¿eh?

—Nunca había hecho esto antes —dijo el niño, con expresión feliz —. ¡Y hemos ganado!

—Mi padre y mi hermano siempre fueron los campeones de las carreras de sacos de Lawford —Nick le hizo un guiño.

—¿Tu padre hace carreras contigo? —Bobby se había puesto tan serio que a Nick se le encogió el corazón.

—Sí, antes, pero ahora es muy mayor. Y, francamente, creo que yo también.

Era cierto. Empezaba a no tener edad para hacer ese tipo de cosas y, sin embargo, lo encontraba divertido. Lo había pasado bien con Bobby, como si fuera su sobrino. Incluso un hijo suyo.

Ése sí era un pensamiento raro. Nunca antes se había imaginado con hijos propios. Era una idea extraña, tan lejana como el plan de jubilaciones. Él no era el tipo de hombre que deseara formar una familia. Había probado el matrimonio una vez, había metido la pata y no tenía intención de volver a intentarlo.

Cuando iban hacia la mesa de los trofeos, Nick se fijó en Carolyn y Angela. Pobre Carolyn. Parecía tan cómoda como un puercoespín en una fábrica de globos. Había vuelto a ser la seria y estirada bostoniana que recordaba de la universidad. Conseguir que se soltara un poco había sido divertido entonces pero, aparentemente, había vuelto a ser la que era… y a los niños no les gustaba una persona tan rígida.

—Debe de estar bien —dijo Bobby.

—¿Qué debe de estar bien?

—Tener un padre que juegue contigo.

Nick volvió a mirar a Carolyn, pensando que se merecía un golpe en la cabeza. Pues claro. Todo tenía sentido. Su incomodidad con los niños, la imposibilidad de conectar con ellos. La dificultad que tenía para jugar…

No era sólo que fuese de Boston o que no estuviera acostumbrada a estar con niños. El problema de Carolyn era mucho más profundo. A su padre lo habían matado mientras estaba comprando un cartón de leche en una tienda de alimentación. Y luego habían enviado a Carolyn a vivir con una mujer que nunca quiso saber nada de su hermano.

No había olvidado el pasado de su ex mujer, pero hasta ese momento no se había dado cuenta del impacto que había tenido en ella. Debía de ser muy difícil para Carolyn estar con niños huérfanos,

niños que habían sufrido tragedias similares a la suya… ¿cómo no lo había pensado antes?

¿Cómo podía haber sido tan tonto de decirle que era demasiado estirada, demasiado formal? Carolyn estaba haciendo un gran esfuerzo aquel día. Más tarde, se juró a sí mismo, le pediría disculpas. Y la ayudaría en lo que pudiera.

—Mira, Nick, el trofeo es de oro. ¿Es de verdad? —le preguntó Bobby.

Nick miró el trofeo, de aluminio con un baño dorado, y tuvo que sonreír. Pero él también había sido niño una vez y sabía lo que significaba creer en lo imposible.

—Pues claro que es de oro. ¿No ves cómo brilla?

—Ojalá pudiera verlo mi madre —suspiró Bobby—. Pero estaba demasiado enferma y no podía venir. Muchos días está enferma, pero a lo mejor puedo llevármelo a casa para que lo vea…

Nick tuvo que tragar saliva, emocionado. Se daba cuenta de que jugando con aquel niño estaba adquiriendo una gran responsabilidad, que podía tener un impacto en su vida. Él, que nunca había tenido que darle explicaciones a nadie, que nunca había cuidado de nadie más que de sí mismo, que se resistía a ser necesitado por nadie…

Cuando miró a Bobby, que estaba esperando una respuesta, se dio cuenta de que necesitaba que alguien le dijera que todo iba a salir bien, que no iba a pasar nada malo. Y decidió hacerlo. Por un día.

—Pues claro que puedes llevártelo.

Él no podía compensarlo por la enfermedad de su madre o por la falta de un padre, pero podía hacer que aquel día fuese inolvidable para él. Limpio y brillante como el trofeo.

Si había algo que a Nick se le diera bien era hacer que los demás lo pasaran bien. Y quizá, haciendo eso para Bobby, conseguiría llenar aquel extraño agujero que sentía en el corazón.

Las últimas.

Carolyn nunca había llegado la última a nada en toda su vida. Y, por la expresión seria de Angela, tampoco ella.

—Ha sido divertido, ¿no?

—¿Dónde está Nick? —preguntó la niña. Aparentemente, no había sido divertido.

—Está recogiendo el trofeo con Bobby.

—Ellos han conseguido un trofeo —dijo Angela, con mirada acusadora.

—Pero nosotros nos llevamos una cinta… por participar. Y hay otros juegos. Otras oportunidades de ganar.

—¡Aquí llega Nick!

Angela se alejó corriendo hacia su caballero andante y Carolyn dejó escapar un suspiro.

Mary se acercó entonces con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo va todo?

—Definitivamente, me voy a hacer una ligadura de trompas.

Su ayudante hizo una mueca.

—¿Tan mal ha ido?

—No estoy hecha para ser madre. No creo que pudiese cuidar ni de un cachorro… de hecho, ni siquiera pienso tener plantas.

—Venga, no puede ser tan malo. A lo mejor deberías unir fuerzas con Nick Gilbert. Y si todo va bien, podríais dar un paso más en el programa de apadrinamiento.

—¿Qué clase de paso?

—Hay gente que decide no sólo aportar dinero, sino preocuparse por los estudios de los niños, mantener una relación más cercana… verlos de forma habitual.

—No, eso no es para mí. Ya sabes que trabajo muchas horas al día. Tú sabes cómo es mi vida.

—Sí, lo sé. Y por eso precisamente creo que este programa es perfecto para ti. Creo que tú lo necesitas más que los niños —Mary apretó su brazo antes de alejarse con una críptica sonrisa.

Debería haber sido fácil marcharse.

Los niños habían subido a los autobuses para volver a sus casas con sus juguetes y sus trofeos. Nick se había ganado abrazos y besos de Bobby y Angela… y luego vio que el niño estrechaba la mano de Carolyn, incómodo.

Por un momento, le pareció que ella iba a inclinarse para darle un abrazo, pero de nuevo volvió a encerrarse en sí misma.

—Bueno, pero al menos ha venido.

Nick se volvió al oír la voz de Mary.

—¿Quién ha venido?

—La madre de Bobby. Está enferma y pensé que no podría, pero ha venido a buscarlo. Es una mujer muy dura.

Bobby estaba buscándolos con la mirada cuando Carolyn se acercó.

—¿Esa es la madre de Bobby?

—Sí. Ah, mira, creo que quiere presentárnosla —sonrió Mary.

—No creo…

—Claro que sí. No tardaremos nada.

Nick comprendió que Carolyn se sentía fuera de lugar. Recordaba lo que le había contado sobre su infancia, los años con su fría y dura tía Greta, sola en una enorme casa sin una familia de verdad. Era lógico que se sintiera incómoda en una situación familiar. Y, a pesar

de lo que había dicho antes, siempre había encontrado alguna excusa para no conocer a su familia. La idea parecía asustarla.

La madre de Bobby era una mujer bajita, y delgada que parecía cansada pero contenta. Bobby estaba a su lado, apretando su mano y sujetando el trofeo con la otra.

—Nick, señorita Duff, ésta es mi madre.

—Encantada de conocerlos. Bobby me ha hablado muy bien de ustedes —la mujer sonrió y, al hacerlo, se quitó años de encima—. Soy Pauline Lester.

—Me han comprado muchos juguetes, mamá. Tantos que no sé si van a caber en mi habitación.

—Seguro que haremos sitio, cariño —Pauline se volvió hacia ellos —. Muchísimas gracias. No saben lo que esto significa para Bobby… y para mí.

—No tiene que darnos las gracias. Sólo intentamos comprar algo que le gustase.

—Le ha gustado todo. Además, Bobby es un niño estupendo. No necesita mucho.

—A ti sí, mamá.

El niño enterró la cara en su vestido, como avergonzado, y a Carolyn se le hizo un nudo en la garganta. ¿Por qué Mary la había emparejado con aquel niño precisamente? El que despertaba todos sus recuerdos de infancia… los padres que había perdido. Nunca conoció a su madre y a su padre se lo habían robado violentamente… Se le rompía el corazón porque Bobby había pasado por lo mismo que ella.

Entonces sintió una mano en su brazo y, al girar la cabeza, vio que era Nick.

—¿Has visto el trofeo, mamá? Nick dice que es de oro de verdad. Hemos ganado la carrera de sacos.

—¿En serio?

—Sí. Y Nick dice que puedo ser su amigo.

La madre de Bobby empezó a toser entonces, una tos que intentaba disimular.

—Bueno, tenemos que irnos a casa —dijo, cuando pudo recuperar la voz.

—¿Estás bien, mamá?

Pauline apretó su brazo.

—Sí, cariño, estoy bien.

Pero los adultos se daban cuenta de que no era así.

—Gracias otra vez —sonrió la mujer—. Me alegra mucho ver sonreír a mi hijo otra vez.

Luego se volvió, con su hijo de la mano.

Una familia, por pequeña que fuera, por muchos problemas que tuviesen. Una familia.

—¿Se puede saber qué os pasa?

Cuando Bobby y Pauline Lester se alejaron, Nick se quedó con Mary para recoger los juegos mientras Carolyn ayudaba a otro grupo.

—¿Qué nos pasa? ¿A quién?

—Por favor…. A Carolyn y a ti. Todo el mundo en Lawford sabe que hubo algo entre vosotros y yo conozco a Carolyn. Cuando está tan callada es que le pasa algo.

—Yo no sé…

—Se pasa el día trabajando, metida en su despacho delante del ordenador o en los Juzgados. No tiene vida social, no sale con nadie… necesita un hombre.

Y, por la expresión de Mary, él había sido elegido para ese puesto. Pero ella no conocía su historia. Y había carreteras que no podían recorrerse dos veces.

—Seguro que algún día conocerá a alguien —dijo Nick.

—Pero…

—Mira, no quiero seguir hablando de eso.

—Muy bien, entonces hablemos de los niños. Hoy lo has hecho muy bien, de verdad.

—Gracias.

—Algún día serás un padre estupendo.

—Eso lo dejo para mis hermanos. Ya hay muchos Gilbert por ahí. Yo prefiero el papel de tío indulgente.

—Una pena —suspiró Mary—. Porque yo sé reconocer a un buen padre. Has conseguido que Angela estuviera todo el día hablando, has hecho que Bobby Lester lo pasara en grande. Es increíble.

—Sí, bueno… en fin, tengo que irme. Gracias por todo, Mary, lo has organizado muy bien.

—No, espera, no te vayas. ¿Te importaría hablar con Jean Klein? Trabaja en los Servicios Sociales del Ayuntamiento y quería preguntarte si puedes hacernos un favor. Bueno, a nosotros no, a Bobby.

—¿A Bobby? Dime qué necesita.

—Es mejor que te lo explique Jean —sonrió Mary, haciéndole un gesto para que la acompañase hasta una mesa donde Carolyn estaba hablando con otra mujer.

Después de las presentaciones, Jean fue directamente al grano:

—Primero, quiero que sepas cuánto te agradezco el esfuerzo que has hecho hoy. Ha sido maravilloso ver a los niños tan felices, pero sobre todo a Bobby. El pobre lo ha pasado muy mal desde que su padre murió.

—¿Su padre ha muerto? —Nick miró a Carolyn de reojo.

—Sí, fue algo terrible. Lo mataron de un disparo cuando pasaba por la calle.

Pobre Bobby. Y pobre Carolyn. De nuevo, sintió el deseo de abrazarla, de consolarla, pero se limitó a poner la mano en el banco, entre los dos, por si la necesitaba.

—Y lo peor de todo es que su madre está enferma. La pobre está continuamente entrando y saliendo del hospital. Tiene cáncer de mama, aunque creo que lo peor ha pasado ya. Tengo la impresión de que está tardando más en curar porque se preocupa mucho por su hijo. Tenían problemas económicos cuando su padre vivía, pero ahora, con su madre enferma, dependen de la ayuda del estado y viven en un sitio que no es ni una casa ni es nada. Y cuando su madre se pone enferma, a veces no tiene adonde ir. La última vez tuvimos que enviarlo con una familia de acogida.

—¿Una familia de acogida? ¿El pobre ha tenido que vivir con extraños? —preguntó Carolyn.

—No podíamos hacer otra cosa porque su abuela es muy mayor y no puede hacerse cargo de él. El pobre lo pasó muy mal, por eso me ha sorprendido tanto verlo reír hoy. Hacía meses que no sonreía.

—No tenía ni idea —murmuró Nick—. Todos estos niños viven vidas muy difíciles y, sin embargo, parecen felices, como si no pasara nada.

—Soy muy duros —sonrió Jean—. Y decididos. Ellos hacen que mi trabajo me dé tantas recompensas.

—¿Alguien puede echar una mano aquí? —los llamó otro de los voluntarios.

—Sí, claro —contestó Mary—. Carolyn, ¿te importa…?

—No, en absoluto.

Las dos se levantaron para ayudar mientras Nick se quedaba en la mesa, observando la expresión seria de Carolyn. Nunca había intentado romper su coraza, se dijo. Porque hacer eso habría significado ponerse serio, haberse esforzado por mantener su matrimonio. Se había casado de broma. Y luego, cuando tuvo que enfrentarse con la realidad, tomó el camino más fácil. Incluso ahora, tres años después, no se sentía más preparado que antes para hacerlo.

—En fin, la razón por la que quería hablar contigo —siguió Jean, interrumpiendo sus pensamientos— es que Bobby está encantado contigo. Lo ha pasado muy bien y hemos pensado que durante este puente a lo mejor te gustaría ser su «amigo mayor».

—¿Su amigo mayor? ¿Qué es eso?

—Es parte del programa de apadrinamiento. Tendrías que sacar a Bobby de su casa, llevarlo a algún sitio, pasarlo bien. Hacer que se porte como un niño sin preocupaciones, sin pensar en su madre enferma. Bobby necesita una imagen masculina y, sobre todo, necesita

pasarlo bien, reírse.

—Jean, me gustaría ayudar, pero…

—No digas que no —lo interrumpió la mujer—. Bobby te necesita. Y si es demasiado para ti, puedes pedirle a un amigo o a algún pariente que te ayude. A veces así es más fácil.

Sin darse cuenta, Nick buscó con la mirada a la única persona que podría entender a Bobby Lester. Alguien que también había perdido a su padre y alguien que…

Él siempre había sido un payaso y, en cambio, Carolyn era la chica más seria que conocía. A lo mejor juntos…

—Lo haré, pero con una condición.

Capítulo 6

—No, de eso nada.

Carolyn, en su despacho el domingo por la mañana, en jarras, se negó por enésima vez.

—Sólo es un fin de semana, mujer. Piensa en ello como unas vacaciones.

—¿Con Nick? No, eso no son vacaciones, Mary. Eso sería…

—Una tentación, ya lo sé. Lo he visto de cerca y sé que es guapísimo.

—Y tú eres una romántica incurable. Viendo finales felices donde no los hay… Mira, tengo mucho trabajo. Dile a Nick que busque a otra persona. Seguro que tiene amigos. Y, desde luego, tiene familia.

—Pero quiere que seas tú —insistió Mary.

—Y yo no quiero.

En realidad, el día anterior había tenido que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el deseo de tocarlo, de apoyarse en su pecho como había hecho años antes. Porque no lo había olvidado. Recordaba cada centímetro de su cuerpo…

Pero volver a relacionarse con él sería una estupidez.

—En cualquier caso, ya es demasiado tarde —estaba diciendo Mary—. Porque… Nick está aquí.

—¿Está aquí? ¿Cómo has podido? Te dije que…

—No se acepta la protesta, letrada —la interrumpió su ayudante mientras salía del despacho, dejando la puerta entreabierta.

Nick entró antes de que pudiera decir una palabra más y Carolyn se quedó sin aliento. En el primer momento no vio a Bobby, no vio nada más que los ojos azules de Nick y su familiar sonrisa.

—Acabo de enterarme…

—Señorita Duff… Carolyn —la interrumpió Bobby—. Nick me ha dicho que vamos a la feria. Tú vienes también, ¿no? Nick me ha dicho que podríamos ganar premios.

El niño la miraba lleno de esperanza y… no había manera de salir de aquélla.

—No habría sido mala idea que me hiciera un informe preliminar, señor Gilbert.

—No quería que preparase objeciones, señorita Duff.

—Pero no hay sitio en mi agenda para expediciones extemporáneas…

Bobby miraba de uno a otro sin entender nada.

—Letrada, creo que necesita un receso. Es domingo y los Juzgados están cerrados.

Carolyn se pasó una mano por la cara. Nick no se lo estaba

poniendo fácil. ¿Por qué no la dejaba en paz? ¿Aquel hombre no entendía nada? ¿Y si pasaba algo? ¿No conocía las estadísticas de accidentes durante los fines de semana? Ella no podía hacerse responsable de un niño…

—No creo que hayas tomado en cuenta los elementos criminales…

—Sólo es un paseo por la feria, Carolyn. No una excursión en la jungla amazónica.

—No puedo, de verdad.

Bobby había dejado de sonreír.

—Letrada, le ruego que se acerque al estrado un momento para consultar —dijo Nick entonces, tomándola del brazo—. En beneficio de mi cliente.

—Pero… —Carolyn dejó escapar un suspiro—. Bobby, ¿quieres sentarte un momento en la mesa de mi ayudante? Mary tiene caramelos en un platito.

Sonriendo, el niño salió corriendo al antedespacho, dejándolos solos un momento.

—Mira, Nick, yo no tengo tiempo para esto. Tengo un montón de atestados que revisar…

—Los dos sabemos que esto no tiene nada que ver con el trabajo. ¿Cuál es el problema? ¿No quieres estar conmigo? ¿O es Bobby?

—No todo en la vida tiene que ver contigo…

—¿Entonces?

—¿Acaso no lees los periódicos? ¿No te preocupa que pase algo?

—Algo… —Nick la miró a los ojos—. ¿Qué podría pasar? ¿Qué los caballitos de la feria se volviesen locos?

—Esto no es una broma, Nick. Podrían pasar mil cosas.

—No se puede vivir pensando que algo puede pasar. Uno tiene que arriesgarse.

—¿Con el hijo de otra persona?

—¿Y si no ocurriese nada? ¿Y si lo pasáramos bien, sencillamente?

Carolyn negó con la cabeza.

—No me necesitas para nada. Bobby lo pasa muy bien contigo, yo sólo estorbaría.

—En eso te equivocas. Bobby te necesita. A ti especialmente.

—¿A mí? ¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Tú sabes por qué. Porque el padre de Bobby fue asesinado, como el tuyo. Tú eres la única que puede entender lo que siente.

Esas palabras fueron como una bofetada. Cuando miró hacia el otro despacho y vio al niño sentado en la silla de Mary, los hombros caídos con un peso que sólo ella podía reconocer…

Se le nublaron los ojos y, de repente, no veía a Bobby.

Se veía a sí misma.

Recordó aquel día, en la tienda de alimentación, cuando se

escondió detrás de una estantería, llorando, pensando que si podía hacerse muy pequeña a lo mejor el hombre malo no se fijaría en ella y se marcharía. Se iría y apartaría esa pistola de la cara de su padre. Dejaría de gritar, dejaría de pedir un dinero que no tenía nadie…

Pero no había parado, no se había ido. Y cuando su padre intentó hacerlo salir de la tienda porque estaba asustando a su hija… Carolyn oyó una detonación. Tan fuerte que pensó que se había quedado sorda.

Y vio a su padre cayendo al suelo, tan despacio que corrió para sujetarlo. Pero no pudo evitar que cayese, no pudo parar la sangre que manaba de su cabeza ni evitar que su vida se derramara en el suelo de baldosines…

Incluso cuando la policía llegó para llevarse al hombre y luego a su padre, no quiso creer que todo hubiera terminado. No había querido marcharse. Sólo miraba la mancha roja en el suelo, deseando que desapareciera, que todo lo que había ocurrido desapareciera…

Carolyn tuvo que respirar profundamente, agarrándose al escritorio.

Entonces tenía nueve años, y Bobby tenía cuatro cuando le ocurrió algo parecido. Pero daba igual. ¿Había una edad buena para perder a un padre?

—Te necesita, Carolyn —insistió Nick.

Ella se dio la vuelta negando con la cabeza, alejándose de Bobby, alejándose de los terribles recuerdos para mirar el día soleado por la ventana.

—No, yo no, Nick… De verdad, no puedo.

—Yo creo que lo necesitas. Mary dice que trabajas a todas horas, que no tienes vida social. Puede que esto sea precisamente lo que necesitas.

—¿Y cómo sabes tú lo que necesito? Sólo estuvimos casados cuatro días y nos habíamos conocido tres semanas antes. ¿De verdad crees que me conociste en ese tiempo? Pues no, no es así. Es absurdo que nos engañemos.

—Ya sé que no pudimos conocernos en tan poco tiempo, pero esto no tiene que ver con nosotros. Esto es por Bobby. Es un fin de semana, una feria, unos fuegos artificiales. Vamos a dejar nuestras diferencias a un lado por él —Nick la miró a los ojos—. Una vez me contaste lo horrible que era vivir con tu tía Greta, lo fría que era esa mujer. Lo diferente que todo hubiera sido para ti cuando eras niña si alguien hubiese hecho el papel de madre o simplemente de amiga… justo lo que nosotros podríamos hacer por Bobby.

Su tía Greta. Había intentado olvidarla, pero… era una mujer tan fría que podría haber estado hecha de piedra.

Los ojos de Carolyn se llenaron de lágrimas.

—Eso no es justo. No tienes que recordármelo…

—No quiero hacerte daño, de verdad —la interrumpió él, tomando su cara entre las manos—. Yo ya he presentado mi caso. Y mientras espero un veredicto, voy a reunirme con mi cliente… antes de que se convierta en el demonio de Tasmania por culpa del azúcar.

Nick sabía que Carolyn tenía todo el derecho del mundo a decir que no, pero eso no significaba que le gustase.

—¿Por qué no ha querido venir la señorita Duff? —le preguntó Bobby mientras paseaban por la feria.

—Porque tenía mucho trabajo —contestó él, apretando los labios.

—Pero hoy es domingo.

—A veces los abogados tienen que revisar casos en domingo. Es una profesión muy dura y…

—¡Señorita Duff! —gritó Bobby entonces—. ¡Ha venido!

Carolyn, en pantalón corto y camiseta, había aparecido de repente, el pelo rubio sujeto en una coleta, tan padecida a la Carolyn que había conocido en la universidad que Nick no podía creer que fuese la misma mujer a la que había visto en el despacho una hora antes. Era como, si al salir de la oficina del fiscal, se hubiera quitado la piel de la estricta Carolyn Duff para volver a ser la chica de la que se había enamorado tres años antes.

—¿Qué haces aquí?

—He venido porque sé que no se te dan bien los juegos de habilidad y no podía dejar que Bobby volviera a casa con las manos vacías —contestó ella, inclinándose para mirar al niño—. Y llámame Carolyn, por cierto.

Estaba allí para algo más que conseguir un oso de peluche para Bobby, pensó Nick. Quería darle las experiencias que ella tuvo de niña… hasta que todo terminó.

Porque, a pesar de todas sus preocupaciones, de todos sus problemas, Carolyn entendía por lo que Bobby estaba pasando y no quería que se perdiera nada de lo que ella tuvo de niña.

Por una vez la había entendido, pensó Nick. Y se preguntó si podría entenderla más veces, a pesar de lo difícil que se lo ponía.

—Bueno, ¿qué queréis hacer?

—¡Yo quiero ese dragón! —gritó Bobby.

Nick puso un billete de cinco dólares sobre el mostrador de una caseta y el hombre les dio tres pelotas que debían encestar en una canasta para conseguir un muñeco de peluche.

Carolyn se inclinó hacia Bobby.

—Mira, voy a decirte cómo hacerlo, pero es un secreto. Mi padre me lo contó a mí y ahora yo te lo cuento a ti.

El niño abrió los ojos como platos.

—¿Qué?

—Tienes que tirar la pelota hacia arriba, pero no la tires con demasiada fuerza. La canasta no es muy profunda y podría salirse… mira, así.

Nick observó, asombrado, cómo Carolyn tomaba la pelota y cerraba un ojo antes de lanzar. La bola blanca salió disparada, golpeando el borde y… cayendo dentro de la canasta.

—¡Hemos ganado, hemos ganado! —gritaba Bobby.

Nick estaba impresionado, pero no tanto por la puntería de Carolyn sino por cómo había cambiado su expresión mientras hablaba con el niño. Estaba relajada, parecía otra persona.

Era una cara completamente nueva, una que le gustaba mucho.

—¡Hazlo otra vez! —exclamó Bobby—. Si metes las tres puedes elegir el muñeco que quieras.

—Ah, nada como un poco de presión —rió ella.

—Venga, puedes hacerlo —la animó Nick, acercándose un poco.

Carolyn vaciló un momento. Nick estaba demasiado cerca, tanto que podía notar su aliento en el cuello.

—Muy bien, de acuerdo. Lo intentaré.

De nuevo tomó la pelota, apuntó cuidadosamente a la canasta… y acertó de nuevo. Y de nuevo una tercera vez. El dueño de la caseta anunció que tenían un ganador y le pidió que eligiese un muñeco. Bobby eligió un dragón de peluche verde que medía casi lo mismo que él, sin parar de dar las gracias.

—Esto se te da muy bien. ¿Tu padre también ganó un dragón? —le preguntó Nick a Carolyn.

—No, un oso. Sigo teniéndolo.

—¿Tu padre ya no viene a la feria? —preguntó el niño entonces.

—No, Bobby, ya no viene —contestó ella, tragando saliva.

Era más difícil de lo que había pensado porque nunca hablaba de ello. Lo había dejado atrás. Había seguido adelante, había cargado adelante, decidida a no dejar que ese día fuera el instante que definiera su vida.

Pero hubo momentos durante su infancia en los que hubiera querido que alguien hablase con ella. Que mencionase a su padre, que le dijera que no pasaba nada por hablar de ello. Su tía Greta se negaba. Había enterrado el tema junto con su hermano, dejando a una niña de nueve años con todos esos sentimientos dentro, sin ningún sitio en el que volcar sus miedos.

Lo que había necesitado entonces era un amigo, alguien que la entendiera. Y mientras miraba a Bobby, aferrándose al dragón de peluche como si así pudiera mantener a raya todos los males del mundo, supo que también él necesitaba un amigo.

—Mi padre… verás, un hombre malo lo mató cuando yo tenía nueve años.

Bobby apretó el dragón con más fuerza.

—Un hombre malo también le hizo daño a mi padre, y ahora está en el cielo. Mi madre tiene que ir al hospital a veces. Mi abuela es muy mayor para cuidar de mí, así que cuando mi madre se va al hospital tengo que vivir con otra gente. ¿Tú también tenías que vivir con otra gente?

Carolyn asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra. Qué bien conocía ella esa vida, esas tristezas. Pobre Bobby. Mirándolo se le encogía el corazón de tal forma que pensó que no volvería a latir nunca más. Tragando saliva, alargó una mano para tomar la del niño. Él vaciló durante un segundo, pero después metió su manita en la suya, mientras sujetaba el dragón con la otra, apoyándolo en su costado.

En silencio, Carolyn hizo una plegaria: que Bobby estuviera a salvo para siempre, que su camino en la vida fuera fácil porque el que había tenido que recorrer hasta aquel momento había sido demasiado duro para un niño tan pequeño.

—Lo siento, Bobby. Lo siento mucho.

Él levantó la mirada y asintió con la cabeza.

—Yo también.

Nick le pasó un brazo por la cintura, fuerte, seguro. Y Carolyn se apoyó en su hombro porque lo necesitaba tanto como Bobby la necesitaba a ella.

Luego los tres se pararon delante de los caballitos, pero Carolyn estaba tan emocionada que no podía ver nada; sólo un montón de luces de colores.

Capítulo 7

Jean se encontró con ellos en la entrada de la feria a las nueve en punto. Y sonrió, agradecida, al ver a Bobby cargado de regalos.

—Parece que lo habéis pasado bien.

El niño asintió con la cabeza contento.

—Ha sido muy divertido. ¿Podemos venir todos los días?

—No, cariño, la feria se marcha mañana a otra ciudad —rió Jean.

El niño aceptó esa información sin quejarse; la desilusión era algo a lo que, evidentemente, ya estaba acostumbrado. Y Nick sintió pena por él. De nuevo, el mundo de Bobby y el que había sido su mundo de niño estaban a kilómetros de distancia. Le gustaría darle algo de lo que él había tenido…

—No pasa nada —Bobby se encogió de hombros.

Sí pasaba, pero Nick sabía que no podía hacer nada para cambiar las circunstancias de su vida.

—Bobby ha ganado este espejo sólito —dijo, para cambiar de tema —. Ha roto todos los globos con un dardo. Tiene una puntería estupenda, seguramente algún día será un profesional.

Afortunadamente, el niño sonrió de nuevo.

—Bien hecho —sonrió Jean.

—Gracias —dijo Bobby.

Pero no parecía muy contento y Nick miró a Carolyn como pidiendo ayuda.

—Mañana iremos a ver los fuegos artificiales.

—¿Lo dices de verdad? Mucha gente me dice que vamos a hacer cosas y luego… bueno, si no podéis no importa.

—Si, claro que podemos. Vamos a dedicarte todo el fin de semana —insistió Carolyn.

—Vamos, Bobby —Jean tomó al niño por los hombros para llevárselo al coche—. Tu mamá está esperando y seguro que quiere que le cuentes todo lo que has hecho hoy. Además, es hora de irse a la cama. Mañana volverás a ver a tus nuevos amigos.

Cuando Jean y el niño desaparecieron, Nick y Carolyn se miraron el uno al otro.

—Yo también debería marcharme —dijo ella.

Pero no se movió y Nick contuvo un suspiro de alivio. Había visto otra faceta de ella ese día, una faceta que le gustaría explorar.

—Quédate, por favor. Un rato nada más.

—Yo… bueno, de acuerdo. Pero vámonos de aquí, hay demasiado ruido.

—Conozco un sitio estupendo —dijo él, tomando su mano para dirigirse al aparcamiento.

Pero antes de entrar en el coche, Nick no pudo evitar inclinarse para darle un beso en el cuello. Era tan dulce… Sentía la tentación de hacer algo más, de tomarla entre sus brazos, de buscar sus labios… pero no se atrevió.

—¿Qué haces?

—No lo sé —contestó él con toda sinceridad.

No dijeron una sola palabra mientras la llevaba al otro lado de la ciudad, a un club de jazz.

—Te acuerdas —dijo Carolyn cuando detuvo el coche.

—Sí, me acuerdo.

No había olvidado muchas cosas sobre Carolyn Duff. Seguía recordando qué música le gustaba, su comida favorita, su perfume, lo maravilloso que era tenerla entre sus brazos…

Eso sobre todo. Pero incluso él sabía que una relación no podía depender sólo de la atracción física. Tres años antes no tenían una base sólida para su matrimonio y ésa era la razón por la que había fracasado. Pero Nick se preguntaba si sería posible volver a empezar.

Entraron en el club, un lugar pequeño con luces suaves, decorado en tonos granates y dorados. En el escenario, un trío compuesto por un pianista, un saxofonista y una joven cantando una vieja canción de Billie Holiday. Había poca gente, de modo que pudieron elegir mesa. Y eligieron una en una esquina, frente a un sofá de terciopelo.

No habían vuelto a aquel sitio en tres años pero Nick recordaba bien aquella mesa, se recordaba a sí mismo viéndola reír, viéndola bailar al ritmo de la música…

Se recordaba a sí mismo enamorándose de ella.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Carolyn apartó la mirada.

—Hoy no hay mucha gente.

—Probablemente por el puente. La gente se ha ido a pasar el fin de semana fuera. ¿Cómo es que tú te has quedado aquí?

—Ya me conoces, si fuera por mí estaría ahora mismo en el despacho, trabajando.

—¿Sigues haciendo eso? Pensé que…

—¿Qué? ¿Qué habría seguido adelante con mi vida, que habría encontrado a alguien?

—No.

La imagen de Carolyn con otro hombre provocó una insospechada oleada de celos.

—Tú sabes por qué mi trabajo es tan importante para mí. Por qué trabajo sin parar.

Sí, lo sabía: por lo que le pasó a su padre. Porque no quería dejar que un solo criminal anduviera suelto. Por eso trabajaba horas y horas, para asegurarse de que todos acababan en la cárcel.

—A tu padre no le hubiera gustado que te pasaras la vida detrás de

un escritorio.

En ese momento se acercó la camarera.

—¿Qué quieren tomar?

—Un cosmopolitan, con un chorrito de lima.

—Whisky con hielo —dijo Nick—. Esta noche no tenéis muchos clientes, ¿verdad?

La camarera se encogió de hombros.

—A mí me gusta, para variar. Así descanso un poco. En los fines de semana normales pierdo cinco kilos corriendo de un lado a otro.

—No te preocupes, nosotros no te haremos correr —sonrió él.

—Estupendo. Si no me haces correr serás mi cliente favorito.

Cuando la camarera se alejó, Carolyn estaba mirándolo fijamente.

—¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué?

—¿Cómo consigues hacerte amigo de todo el mundo? Los niños, la camarera, Jean… Yo, en cambio, soy un desastre.

—No es verdad.

—Por favor… durante la merienda los niños apenas me dirigieron la palabra. Sólo conseguí que Bobby hablase conmigo porque había ganado un trofeo. Eras tú con el que todos querían estar. Yo sólo era una molestia que soportaban porque no les quedaba más remedio.

—Venga, no exageres.

Carolyn levantó una ceja.

—No estoy exagerando en absoluto.

—Sí, bueno, quizá deberías intentar hablar como ellos, relajarte un poco.

—Sí, es verdad. Lo he hecho fatal.

—No del todo —sonrió Nick—. Bueno, la verdad es que sí.

—Es que para mí es tan difícil…

En la universidad había conocido a una chica rígida que no sabía ser espontánea. Pero ahora, al mirarla a los ojos y ver un brillo de lágrimas, se dio cuenta de que su incapacidad de contactar con los demás no era debida a que fuera de Boston sino a la tragedia de su infancia.

—Carolyn… ¿siempre ha sido tan difícil para ti?

—Sí, supongo que sí. Ser la única huérfana de la clase siempre era horrible. Además, la noticia de la muerte de mi padre había salido en televisión… todo el mundo lo sabía.

—Y vivías con una tía que era un ogro.

—Pero sobreviví.

Nick apretó su mano, deseando poder hacer algo. Deseando poder ser su caballero andante y sabiendo que eso era exactamente lo que Carolyn no deseaba.

—Lo sé. Pero fue muy duro para ti.

—Es que… se me ha olvidado cómo ser una niña. Por eso me siento incómoda con ellos. ¿Cuál es el secreto?

—Es fácil. Piensa en lo más inmaduro que se te ocurra y luego dilo o hazlo. A mí me funciona.

Carolyn sonrió y esa sonrisa le pareció a Nick como un rayo de sol. Cuando ella sonreía le costaba trabajo hasta recordar su propio nombre.

—Tú vives así, yo no. Yo tuve que crecer muy rápido y…

—Yo tuve una infancia feliz, sí, es verdad.

¿Pero en qué modo lo había beneficiado esa infancia feliz? Siempre lo había tenido fácil y, seguramente por eso, se había convertido en una persona alegre, siempre buscando pasar un buen rato. Tanto que no se daba cuenta de cuánto necesitaba otras cosas…

Hasta que lo tuvo durante un segundo y luego lo perdió.

¿Habría alguna posibilidad de recuperarlo o sencillamente debía aprender la lección y aceptar lo que tenía?

—En cambio, mi tía Greta hacía que Joan Crawford en *Mommie Dearest* pareciese una mujer encantadora.

La camarera volvió en ese momento.

—Aquí tenéis. Le he dicho al chico de la barra que os cargase las copas un poquito.

—Ah, gracias.

—Así me ahorro un viaje —sonrió la chica antes de alejarse.

Nick se volvió hacia Carolyn, pensativo.

—Puedes conectar con esos niños si quieres hacerlo de verdad. Sólo tienes que abrirte un poco. Y ya lo hiciste una vez.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —Carolyn se encogió de hombros—. Tú, por ejemplo. Ya te has hecho amigo de la camarera.

—Tú también tienes amigas. Mary es amiga tuya.

—Sí, pero a mí no me resulta fácil.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque ese día no fui a clase —replicó ella, irónica—. Creo que no hice los deberes.

—Pero te hiciste amiga mía.

—Tú eras diferente.

—¿Por qué? ¿Qué me hacía diferente?

—No lo sé, me lo ponías fácil, supongo. Como haces con todo el mundo.

—No, no era yo. Eras tú.

—¿Yo? Me parece que tienes poca memoria.

—Lo digo en serio, Carolyn. Había algo en ti. Algo que me permitía ser yo mismo. Pero no creo que me abriese de verdad… como debería haberlo hecho.

—Pero si eres la persona más abierta del mundo…

Nick tomó un trago de whisky.

—No es verdad. Hablo con todo el mundo, sí. Hago bromas. Pero… no les abro mi corazón. Nunca he sido serio sobre nada salvo sobre mi carrera y ni siquiera eso me satisface tanto como yo esperaba. Y la verdad es que tampoco iba completamente en serio sobre nosotros.

—Ya lo sé —Carolyn, nerviosa, se dedicó a mirar su copa.

—Lo siento.

—No es nada. Son cosas del pasado.

—Y en el pasado deberían quedarse, ¿no? —Nick contuvo el aliento esperando una respuesta, aunque sabía que no debería hacerlo. Retomar su relación con Carolyn sería un error. ¿Había cambiado él? ¿Había cambiado de verdad?

No.

¿Podía darle ahora lo que no había podido darle en el pasado?

No.

Entonces, ¿por qué volver a cometer el mismo error sabiendo cuál sería el resultado? Porque lo había distraído el aroma de su perfume, el calor de su mano, su proximidad.

—¿Por qué lo hiciste, Carolyn?

No había necesidad de explicar a qué se refería, porque los dos lo sabían. Hasta el momento, ninguno había querido tocar el divorcio…

Pero Nick estaba cansado de no hacerlo. Quería preguntar, saber qué pasaba. Porque, a pesar de saber que estaba mejor sin ella, seguía deseándola. Y si había alguna posibilidad de que Carolyn siguiera deseándolo a él… estaba dispuesto a saber hasta dónde podían llegar.

—Tú sabes por qué. Ronald Jakes había salido de la cárcel. Esos idiotas de la condicional pensaban que estaba rehabilitado, que unos años en la cárcel lo habían convertido en un hombre nuevo. Pero no era así —Carolyn seguía mirando su copa—. No podía quedarme contigo y fingir que era feliz mientras ese hombre estaba en la calle…

—¿Pero una vez que lo detuvieron por qué no volviste? ¿Por qué no lo intentamos de nuevo?

Ésa era una pregunta para la que no tenía respuesta. Había usado el error en la libertad condicional de Ronald Jakes, el asesino de su padre, como excusa para romper su matrimonio. Las semanas se habían convertido en meses, en años, y Nick seguía pensando que cualquier día volvería a aparecer, que se lo habría pensado mejor. Le había dado tiempo, espacio, todo lo que pensó que necesitaba. Y luego se dio cuenta de que le había dado demasiado tiempo, demasiado espacio…

Que no iba a volver.

—¿Por qué no fuiste a buscarme, Nick? No, déjalo, no tienes que contestar, es absurdo. Los dos sabemos por qué. Nos casamos sin pensarlo, pero no estábamos preparados para lo que significaba un

matrimonio: comprar una casa, tener hijos. Y míranos ahora —Carolyn suspiró—. Apenas podemos llevar a un niño a la feria. Bueno, a ti no se te da tan mal, pero yo…

—Tu infancia no debería dictar el resto de tu vida.

—Mira, por favor, no me des consejos cuando no los sigues tú mismo.

Él la miró, sorprendido.

—¿Qué significa eso?

—Que sigues actuando como si estuvieras en la universidad. No has crecido, Nick. No has sentado la cabeza, todo sigue siendo un juego para ti. Y yo era parte de ese juego.

—No, no es verdad —murmuró él, apretando su mano.

—¿Ah, no? ¿Por qué me deseabas, Nick? ¿Por qué me querías o por qué era un reto, la fría chica de Boston que le decía que no a todos los chicos de la facultad?

—Yo…

Carolyn se levantó, tomando su bolso.

—Que dudes responde a mi pregunta.

Y luego se dirigió a la salida. Pero algo dentro de ella se rompió cuando la puerta se cerraba, amortiguando el sonido de la música.

Se quedó en la acera, esperando un taxi, respirando el aroma de la noche veraniega.

La puerta del club se abrió entonces, llevando con ella un retazo de música, una oleada de aire acondicionado. Y a Nick.

—¿Tú crees que con eso hemos terminado? ¿Crees que la única razón por la que quería estar contigo era para jactarme de haberte conquistado?

—Sí —contestó ella.

Ahora que lo había dicho en voz alta, la verdad fue como un cuchillo en su corazón. Pensaba que Nick Gilbert ya no podía dolerle más. Estaba equivocada.

—Yo te quería por cien razones diferentes, Carolyn. Y sigue siendo así.

—No hay nada entre nosotros salvo el pasado —dijo ella, mirando al otro lado de la calle. ¿Dónde estaban los taxis cuando una los necesitaba?

—Nada, ¿eh? ¿Por qué no probamos con esto? —antes de que pudiera reaccionar, Nick la tomó entre sus brazos.

Y la besó.

Habían pasado tres años desde la última vez que Nick Gilbert la besó, pero le parecía como si fueran cien. Y su cuerpo se echó hacia delante sin que pudiera controlarlo, respondiendo como una mujer hambrienta, apretándose contra él.

Los labios de Nick conocían los suyos como los músicos del club

conocían las notas de las melodías que tocaban. Al principio sólo la rozó, un preludio de lo que estaba por llegar. Pero luego, con una nota urgente, apretó su espalda mientras la besaba apasionadamente.

Nick sabía a whisky y a viejos recuerdos, a todo lo que se había negado a sí misma durante los últimos tres años, a todo lo que había soñado desde entonces. Carolyn lo abrazó, acariciando su cuello, sus hombros, como si no pudiera dejar de tocarlo…

Como si quisiera memorizar aquel beso porque ya no habría otro.

Nick se apartó un poco, sin soltarla.

—Esto es lo que seguimos teniendo en común. Y si hubiéramos empezado por ahí, quizá podríamos haber seguido adelante.

Ella tragó saliva. Qué fácil sería dejar que ese beso fuera suficiente, fingir que todo estaba bien. Pero ella sabía que no era así. Y, en su corazón, sabía que Nick lo sabía también.

—Entonces no fue suficiente y tampoco lo es ahora. Ojalá lo fuera.

—¿Por qué tienes que levantar una pared? Acercarse a ti es como intentar escalar los muros de Alcatraz.

Carolyn miró al hombre al que una vez creyó conocer tan bien como se conocía a sí misma y se dio cuenta de que estaba equivocada. Hacían falta dos personas para romper una relación… y hacían falta dos para mantenerla.

—No me hables de muros Nick Gilbert. Tú has colocado tantos ladrillos como yo.

Entonces vio una luz verde y se apartó de golpe, levantando la mano. Con la suerte que sólo las protagonistas de las películas parecían tener, el taxi se detuvo y Carolyn subió, cerrando de un portazo.

Para no perderse otra vez en el hechizo de Nick Gilbert.

Capítulo 8

El rostro de Jean lo decía todo, pero Nick hizo la pregunta de todas formas:

—¿Dónde está Bobby?

—Hoy no puede venir. Nos hemos visto obligados a enviarlo a una residencia para menores —suspiró la mujer.

Carolyn estaba allí, como había prometido, pero no le dirigía la palabra. Supuestamente iban a pasar el día en el parque, merendando antes de ver los fuegos artificiales. Nick se había preguntado cómo iban a hacer eso sin hablarse, pero por lo visto no iba a ser necesario.

—¿Una residencia de menores? ¿Por qué?

—Su madre ha tenido que ingresar en el hospital otra vez. Creen que tiene neumonía y, después de haber tenido que sobrellevar un cáncer, los médicos no querían arriesgarse.

Carolyn se llevó una mano al corazón.

—¿Tú crees que se pondrá bien?

—Los médicos dicen que sí. La pobre llevaba varios días mal, pero no quería ingresar en el hospital para que no tuviéramos que llevarnos al niño. Y con el puente… no es fácil encontrar una familia. Todo el mundo se ha ido de vacaciones.

—Pero supongo que tendrás varias familias para elegir.

—No, no las tenemos. Hay que pasar por un largo programa de aprobación antes de poder acoger a un niño. Encontrar una casa temporal en el último minuto no es precisamente fácil, especialmente durante un puente —Jean puso una mano sobre el brazo de Carolyn —. Pero no quiero que os preocupéis por Bobby. Encontraremos un sitio para él mientras su madre esté en el hospital.

—¿Y si no lo encuentras?

Jean intentó sonreír, pero en sus ojos había una realidad que sólo ella conocía y no quería compartir.

—Entonces tendrá que quedarse en la residencia.

—¿Hay alguna otra opción? —preguntó Nick.

—Pues… —Jean miró de uno a otro—. He hablado con la madre de Bobby sobre otra posibilidad. Y no la mencionaría nunca si hubiese otra opción.

—¿Qué? —preguntaron Carolyn y Nick al mismo tiempo.

—Bobby se lleva muy bien con vosotros dos. Lo he visto reírse a carcajadas y no sabéis lo raro que es eso en él. Ese niño no ha vivido más que tragedias últimamente. Y a su madre le caísteis de maravilla. Me ha contado que Bobby no paraba de hablar de vosotros. Ella preferiría que su hijo se quedara con amigos y no con extraños…

—¿Amigos? —repitió Carolyn.

—Sí, vosotros dos.

Las palabras quedaron colgadas en el aire durante un momento.

—¿Quieres que cuidemos de Bobby?

—Es una idea.

Carolyn miró a Nick. Los dos sabían cómo afectaría a Bobby tener que ir a otra casa de acogida. Lo habían visto en sus ojos.

Entonces pensó en su propia infancia. Pensó en el día que la sacaron de la única casa que había conocido para ir a vivir con una mujer fría y dictatorial, una extraña que jamás le había dado un abrazo o le había ofrecido una palabra amable. ¿Le habría gustado tener a alguien que la hiciera reír? ¿Qué fuese amable con ella?

¿Habría sido capaz de olvidar lo que le ocurrió a su padre, aunque sólo fuera un momento, si la hubiesen tratado con un poco de cariño?

—Sólo serán unos días. Seguro que podéis hacerlo —insistió Jean.

—Yo podría cambiar mi horario de trabajo —sugirió Carolyn, pensativa.

¿Había mejor manera de pasar el tiempo que ayudando a un niño que estaba pasando por lo mismo que pasó ella?

—Yo también tengo unos días de vacaciones —dijo Nick.

Aunque estaba diciéndolo en voz alta, Nick no podía creer que estuviera considerando de verdad la idea.

Pero entonces pensó en Bobby. En la alegría que había visto en su cara por cosas tan pequeñas como un dragón de peluche, una vuelta en los caballitos, un camión nuevo. Lo había agradecido todo, sin pedir nada.

Él había sido muy afortunado durante toda su vida y aquélla sería una oportunidad de devolver algo de lo que había recibido.

—Muy bien, de acuerdo —dijo Carolyn entonces, mirando a Nick para comprobar que tenía su aprobación—. Nos quedaremos con el niño hasta que pueda volver con su madre.

A Nick se le ocurrió entonces una terrible posibilidad. ¿Y si Bobby nunca podía volver con su madre? ¿Y si tenían que dejar al niño con una familia de acogida permanentemente? ¿Podría dejarlo ir?

Tendría que hacerlo. Él no podía adoptarlo. Era soltero y trabajaba muchas horas al día. Y ni siquiera había sido capaz de mantener un matrimonio. Demonios, ni siquiera había crecido del todo.

Evidentemente, no podría ser un buen padre, especialmente un padre soltero. Pero si ocurriese una tragedia, Jean encontraría una familia para Bobby. Alguien que lo quisiera y deseara darle un hogar permanente.

—Sé que es una imposición y… —empezó a decir Jean.

—Queremos hacerlo —la interrumpió Nick, pensando de nuevo en cómo se había iluminado la cara de Bobby en la feria—. De esa forma podrá ver los fuegos artificiales, como le prometimos. Y su madre no

tendrá que preocuparse de nada.

—¿Estáis seguros? —preguntó Jean, sin poder disimular su alivio.

De nuevo, Carolyn y Nick se miraron, ilusionados por primera vez en mucho tiempo. Aquello era lo que los había unido en la universidad, esa energía, esa pasión compartida por las cosas, el deseo de cambiar el mundo.

—Sí, estamos seguros —dijo ella.

—Perdonad si os hago una pregunta personal, pero vosotros no estáis casados y… no vivís bajo el mismo techo. ¿Cómo vais a hacerlo?

Ah, ese detalle se les había pasado. Los dos estaban pensando en el niño, no en dónde y cómo iban a acogerlo. Pero en ese momento se dieron cuenta de lo que incluiría el trato: tener que estar juntos.

Bajo el mismo techo. Durante unos días.

La última vez sólo habían tardado tres semanas en casarse. ¿Cuánto tiempo tardarían la segunda vez? ¿O se darían cuenta en un par de días de que lo mejor era seguir sus caminos por separado?

—Ya lo solucionaremos —dijo Carolyn—. Ahora lo único importante es Bobby.

—Claro que sí —asintió Nick.

Pero en ese momento, mirándola, no tenía muy claro si lo que tenía que solucionar era cómo volver a amar a Carolyn o cómo olvidarla de una vez por todas.

Su maleta estaba en el salón de la casa de Nick, la prueba de que se había vuelto loca. Carolyn la miró, preguntándose si era demasiado tarde para echarse atrás.

Entonces pensó en Bobby y decidió que no iba a echarse atrás. Podía hacerlo por el niño. Sólo tenía que evitar a Nick en lo posible. No mirarlo cuando despertase por la mañana, despeinado y con ojos de sueño. Se alejaría cuando saliera de la ducha y se iría al otro lado de la casa cuando se metiera en la cama…

—¿Quieres que te enseñe tu habitación?

Su voz, suave, ronca, hizo que se pusiera tensa. Pero intentó relajarse. No podía dejarle claro que estar allí con él, en su casa, le afectaba de tal forma.

Pero estaba tan guapo… En pantalón corto y descalzo, los fuertes antebrazos al aire, el tatuaje asomando bajo la manga de la camiseta…

Bandido apareció en ese momento, resbalando por el suelo de madera, y acercó la nariz a la recién llegada. Carolyn se inclinó para acariciarlo y, después de ofrecerle una húmeda bienvenida, el perrillo se sentó sobre las patas traseras, contento.

Se había ganado a su perro con una simple sonrisa, pensó Nick.

Como se lo había ganado a él.

—La casa no está muy ordenada…

—No, no, está bien.

—Estaba limpiando el jardín para que Bobby tenga sitio donde jugar. Hace tan buen tiempo y… —Nick inclinó a un lado la cabeza—. ¿Qué miras? ¿Tengo hierba en el pelo o algo?

—No, no.

Maldición. La había pillado mirándola. Bueno, ¿qué mujer en su sano juicio no lo haría? Nick Gilbert era guapísimo y había pasado mucho tiempo desde la última vez que ella tuvo una cita.

—Estaba perdida en mis pensamientos.

—¿Y alguno de esos pensamientos era sobre mí?

—No —mintió Carolyn.

—Una pena. Porque últimamente yo pienso mucho en ti —Nick dio un paso adelante.

—¿Ah, sí?

No podía mirarlo a los ojos porque si lo hacía tendría que recordar los días en los que estuvieron casados. Lo maravillosos que habían sido esos días. Lo dulces que habían sido las noches.

—Pienso mucho en ti. Quizá no deberíamos haber aceptado vivir juntos unos días —Nick dio otro paso adelante—. ¿Por qué no puedo olvidarme de ti, Carolyn?

—¿Por qué un día me dijiste que tenías memoria fotográfica? —intentó bromear ella.

Afortunadamente, nunca había tenido que enfrentarse con Nick Gilbert durante un juicio… porque habría perdido el caso.

—Es posible. O a lo mejor es porque nunca olvidé esto —él se inclinó un poco para buscar sus labios.

Aquel beso no era como el de la noche anterior. No era dulce, rápido. Era un beso profundo, apasionado, y dejaba bien claro que seguía deseándola. Nick tomó su cara entre las manos, manteniéndola cautiva con sus ojos, con sus labios.

Carolyn, sin pensar, tiró de su camiseta para tocar la piel desnuda, para sentir su calor una vez más. Lo había echado de menos. Mucho.

Dejando escapar un gemido ronco, Nick metió una mano entre los dos para acariciar sus pechos y los sentidos de Carolyn se encendieron. Era un fuego que había estado dormido mucho tiempo y que la hacía apretarse contra él musitando su nombre…

Pero el reloj del salón dio la hora y él se apartó, aunque sin soltarla del todo, como si no quisiera romper el contacto.

—Pienso en eso sobre todo —dijo, sonriendo.

—Yo también.

¿Para qué molestarse en mentir? Nick leería la verdad en sus ojos, en lo acelerado de su pulso, en su agitada respiración.

—Si vamos a vivir juntos unos días, sería mejor imponer ciertas reglas.

—¿Reglas?

Nick trazó la forma de sus labios con un dedo.

—Si seguimos haciendo eso, voy a saltarme todas las reglas del comportamiento caballeroso y, con un niño por aquí, seguramente no sería buena idea.

Carolyn dio un paso atrás. Poner cierta distancia entre ellos la ayudaba a aclarar su cabeza.

—Tienes razón. Bobby llegará en unos minutos y, aunque tenemos que fingir que somos una familia feliz durante unos días, sería mejor no llegar demasiado lejos.

—O fingir que somos algo que no somos —asintió él—. Por ejemplo, una pareja feliz.

La verdad. ¿Por qué siempre tenían que volver a eso?

El perro, aparentemente aburrido porque nada de aquello le concernía, salió de la habitación, haciendo pitar su pelota de goma en señal de protesta.

—Sí, tienes razón —Carolyn tomó su maleta, muy seria.

¿Adónde esperaba que los llevaran esos besos? Cuando Bobby volviera a su casa, Nick y ella seguirían adelante con sus vidas, cada uno por su lado. Nick seguiría siendo el joven frívolo que había sido siempre, el que no entendía lo importante que era su carrera para ella. No la había escuchado entonces y no iba a escucharla ahora.

Y, en cualquier caso, querían cosas diferentes de la vida. Nick, hijo de familia numerosa, le había dicho que algún día quería lo mismo para él. Y su casa, de tres dormitorios, era la prueba de que hablaba en serio. Ella, en cambio, seguía siendo la mujer que no quería arriesgarse, en parte porque trabajaba mucho y en parte porque no sabía nada sobre ser madre. Si había dos personas que no estuvieran hechas la una para la otra, eran Nick y ella.

—Debería llevar mis cosas a mi habitación. Así, cuando llegue Bobby, podremos estar pendientes de él. Y olvídate del beso, Nick.

—Eso se nos da muy bien, ¿no? —murmuró él—. Hacer como si entre nosotros no hubiese habido nada.

Antes de que pudiera contestar, Nick tomó la maleta y empezó a subir la escalera.

Capítulo 9

El problema de actuar por impulso era adonde te llevaba ese impulso. En lo único que Nick podía pensar ahora era en cómo le había gustado tener a Carolyn entre sus brazos otra vez. Cómo le había devuelto ella el beso, cómo lo había tocado. Cómo durante un dulce momento, había vuelto a ser suya.

Pero enseguida apareció la realidad, devolviéndolos a la casilla número uno. Eran dos colegas que estuvieron casados durante unos días, nada más. Y ahora Carolyn estaba usando la conveniente barrera de Bobby para no acercarse a él. Fueran adonde fueran, eran Nick-Bobby-Carolyn. Los tres.

Muy bien. Seguramente era lo mejor. No tenía que dejarse llevar por la tentación más de una vez para saber que acabaría mal.

Estaban en el parque, con Bobby, matando el tiempo hasta que empezaran los fuegos artificiales. En cuanto llegó el niño, Carolyn había anunciado que deberían organizar una merienda, como si quisiera salir de su casa lo antes posible.

De modo que allí estaban, después de merendar, en el sitio más alto del parque para ver bien los fuegos artificiales. El sol casi se había puesto, dejándolo todo entre sombras.

—El año pasado no pude ver los fuegos artificiales —dijo Bobby—. Porque mi padre se había muerto.

Nick miró a Carolyn y vio un brillo de lágrimas en sus ojos… ¿de comprensión? ¿De pena? Le habría gustado tocarla, pero de nuevo había levantando ese muro entre los dos.

En lugar de eso, Nick puso una mano sobre los hombros del niño.

—Esperemos que los fuegos artificiales sean especialmente bonitos este año.

Aunque fue un milagro que las palabras salieran de su garganta, porque la tragedia de aquel niño le llegaba al corazón.

Bobby se quedó pensativo un momento y luego se volvió hacia Carolyn.

—¿Tú crees que mi padre también podrá verlos en el cielo?

Carolyn apretó los labios. Ella se había preguntado lo mismo muchas veces. ¿Su padre la miraría desde el cielo? ¿Vería todo lo que hacía? ¿La habría visto graduarse en la universidad? ¿Su primer caso? ¿Su corto matrimonio?

Qué afortunado era Nick al tener a sus padres animándolo durante todo el camino, mientras ella no tenía a nadie. Nadie en el salón de actos del instituto con una cámara, nadie que colgase un dibujo suyo en la puerta de la nevera con el orgullo que sólo podía sentir un padre.

—Yo creo que sí, Bobby —dijo por fin—. Y seguro que los ve mejor que nosotros.

—Sí —el niño sonrió. Llevaba puesta una camiseta que Nick le había comprado en una de las casetas y un collar de neón al cuello, que le había comprado Carolyn. Y no tenía la menor duda de que acabaría llevándose un objeto de cada caseta antes de que acabase la noche.

—¿Tú crees que tu padre también te miraba desde el cielo cuando eras pequeña?

—No lo sé, Bobby. No he visto fuegos artificiales desde que tenía ocho años.

—¿En serio? —exclamó Nick—. ¿Tu tía no te llevaba a verlos?

Ella se encogió de hombros.

—A ella no le gustaban esas cosas. Pensaba que era tirar dinero público. Además, siempre los hacían cuando yo ya estaba en la cama.

—Pero una noche al año…

—Tú no conociste a mi tía Greta. No había «una noche al año» para ella.

—Pues a mí me gusta acostarme tarde —dijo Bobby—. Mi madre dice que no pasa nada… mientras esté leyendo algo bueno.

—¿Qué clase de libros te gusta leer?

—Cuentos —Bobby se encogió de hombros.

—Cuando yo era pequeña, mi padre me leía historias de aventuras. Libros sobre piratas y tesoros escondidos, caballeros que luchaban contra dragones que echaban fuego por la boca, cosas así. Esos eran mis favoritos.

—¡A mí también me gustan! Pero no tengo muchos. Cuando mi mamá se pone enferma no vamos a la biblioteca porque se cansa mucho cuando anda. Y los libros de piratas son caros. Pero no pasa nada. A veces yo me invento historias de piratas en mi cabeza.

Carolyn sonrió.

—Bueno, ¿qué tal si mañana vamos a una librería y compramos historias de piratas? Así tendrás cosas que leer durante mucho tiempo.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes?

Ella asintió con la cabeza.

—Nick y yo te leeremos todas los que quieras. Una de las cosas que yo hacía para pasar el tiempo cuando era pequeña era leer. Y me sigue gustando mucho.

—A mí me encantan las tiendas de libros. Tienen de todo.

—Sí, son estupendas.

La sonrisa del niño se amplió aún más.

—¿Puedo ir a jugar un rato? ¿Hasta que empiecen los fuegos?

Carolyn y Nick asintieron y Bobby salió corriendo hacia la zona en la que estaban los demás niños.

—Creo que acabas de hacer un amigo —sonrió Nick.
—Ha sido más fácil de lo que yo esperaba.
—No me gusta decirlo, pero… te lo advertí.
—Al menos se llevará a casa un bonito recuerdo.
—Sí, recuerdos y juguetes —dijo Nick. Eso era lo único que podían darle. No era todo lo que él había tenido de pequeño, pero con un poco de suerte sería suficiente.
Carolyn observó a Bobby subiéndose al tobogán. Estaban cerca, pero aun así…
—¿Tú crees que no le pasará nada? Ese tobogán es muy alto —luego miró alrededor—. Aquí no hay seguridad de ningún tipo.
—Está bien. No le va a pasar nada.
—Pero hay muchos niños… y mira, se empujan unos a otros.
—Son niños, es normal.
—¿Ves a ese tipo de ahí? A mí me parece sospechoso.
—¿El que está ayudando a su hija a subir al tobogán?
—No, el otro, el que está sentado en el banco, mirando a los niños. ¿Qué está haciendo?
—Seguramente vigilando a sus propios hijos —suspiró Nick—. No pasa nada, Carolyn. No todos los seres humanos son criminales. Además, nosotros estamos aquí al lado.
Ella negó con la cabeza, sin dejar de mirar de un lado a otro, como si fuera un juez a punto de anunciar un veredicto.
—Bobby no es nuestro hijo. Si le pasara algo…
—Carolyn, mírame.
—¿Qué?
—No va a pasar nada. Lo que te pasó a ti no le va a pasar a Bobby —Nick apartó un mechón de pelo de su frente—. Cuando aprendas a olvidarte de eso podrás vivir tranquila.
—No es tan fácil.
—Es así de fácil. Siempre lo ha sido.
Carolyn se dejó caer sobre la manta, observando a Bobby con expresión preocupada.
—A ti siempre te lo ha parecido.
—¿Qué significa eso?
—Para ti todo es blanco o negro. Uno y uno son dos. Pero para mí hay otras variables, cosas que tú nunca tomas en consideración. Y no te culpo. No puedes tomar en consideración lo que nunca te ha pasado.
—Tampoco puedo tomar en consideración lo que tú nunca me has contado.
—Te lo he contado todo sobre mi pasado.
—¿Ah, sí? Me has contado lo que contaría un testigo durante un juicio. Estabas relatando hechos, no entregándome tu corazón —Nick

señaló a Bobby con la mano—. Le has contado a Bobby más cosas en cinco minutos que a mí en los tres meses que estuvimos juntos.

Carolyn pareció considerar sus palabras un momento.

—Supongo, letrado, que hay que hacer las preguntas adecuadas para conseguir las respuestas que uno busca.

Nick tragó saliva. ¿Ése había sido el problema? ¿Qué nunca había hecho las preguntas adecuadas? ¿Qué nunca había profundizado con ella?

Los dos se quedaron en silencio durante un rato, mirando a Bobby.

—Se parece un poco a ti, ¿no crees?

Él miró al niño. Tenían el mismo color de pelo, los dos eran delgados, los dos estaban llenos de energía.

—Un poco, supongo.

—Estaba pensando…

—¿Qué?

—Nada, déjalo.

—Por favor, no me dejes con ese suspenso —bromeó Nick—. A ver, deja que el gran Nick lea tus pensamientos —dijo luego, poniendo una mano en su frente—. Estás pensando… ¿y si hubiéramos tenido un hijo? ¿Y si Bobby fuera nuestro?

—No, no era eso —contestó ella, apartándose—. Sabes que no soy precisamente la clase de mujer que debería tener hijos.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué. Trabajo un millón de horas al día, así que…

—¿Y por qué trabajas tantas horas? Hay muchos abogados que tienen familias y viven una vida normal.

—Me gusta lo que hago.

—Si tanto te gusta, ¿por qué me devolviste el beso?

—Si tú eres tan feliz, ¿por qué me besaste?

Nick soltó una carcajada.

—Cómo se nota que eres abogada. Responder a una pregunta con otra pregunta… ¿voy a tener que llamar al alguacil para que me des una respuesta concreta?

En ese momento hubo una explosión de luz sobre sus cabezas, elevándose hacia el cielo.

—Han empezado los fuegos artificiales.

Él la miró a los ojos, fuerte, sexy. A pesar de todo, seguía deseándola.

—Sí, Carolyn, ya lo sé.

Ella intentó mirar los fuegos artificiales, las brillantes explosiones convirtiéndose en ramilletes de flores, pero no podía dejar de mirarlo. No podía dejar de pensar en la conversación y en adonde irían en cuanto el espectáculo de luz hubiese terminado.

A su casa. Juntos. Después de todo lo que había hecho durante los

últimos tres años para alejarse de él, para alejarse de la tentación de sus ojos, de su sonrisa, de sus caricias… se había ofrecido voluntaria para pasar unos días en su casa.

Una locura.

Bobby corrió hacia ellos para ver los fuegos artificiales, completamente emocionado y sin darse cuenta de la tensión que había entre los dos adultos.

Nick rozó el hombro desnudo de Carolyn con un dedo y ella se movió, nerviosa.

—Sólo estaba apartándote un mosquito.

—Ah, gracias.

—De nada —una sonrisa tan familiar que podría dibujarla con los ojos cerrados iluminaba sus facciones y, al mirarlo, algo tropezó dentro de su pecho—. Ha sido un placer.

«Vuelve a hacerlo», le gustaría decir. Pero no lo dijo. En lugar de eso volvió a mirar el cielo.

Y no vio nada.

—¿Cómo se hacen los fuegos artificiales? —preguntó Bobby.

—Pues la verdad es que no lo sé. ¿Cómo se hacen, Nick?

—La pólvora los hace explotar, pero los colores… creo que se hacen con diversos productos químicos. El azul se hace con sales de cobre, por ejemplo. El oro, de aluminio y magnesio.

—Cuando sea mayor me gustaría hacer fuegos artificiales. Sería como ser un dragón.

Carolyn rió.

—Sí, la verdad es que sería algo parecido.

—Pero mi mamá dice que tengo que ir a la universidad.

—Pues claro —sonrió Nick—. Y cuando termines el instituto yo te daré una carta de recomendación. Para que vayas a una buena universidad.

—¿De verdad? —exclamó el niño. Pero la sonrisa desapareció enseguida—. Bueno, ya veremos.

Carolyn lo entendía perfectamente. Lo habían desilusionado tantas veces que no quería tener esperanzas. Prefería no soñar y descubrir después que sus sueños no iban a hacerse realidad.

—Bobby…

—Quiero ver los fuegos artificiales —murmuró el niño, levantando la cabeza para admirar el espectáculo.

El reloj del salón estaba dando las once cuando Carolyn entró en la cocina para tomar queso y fruta de la nevera. Pero, considerando que todo lo que había allí era nuevo, imaginó que Nick no solía comprar tantos yogures y toda la fruta que se producía en Estados Unidos… y

alguna de otros países.

Él entró en la cocina poco después y encendió la cafetera mientras Bandido se lanzaba sobre su hueso de goma.

—¿Cómo está Bobby?

—Bien, sigue dormido —contestó Nick. El niño se había quedado dormido en el coche y no despertó mientras lo subía a su habitación—. Con el dragón bajo el brazo.

—Está muy unido a esa cosa.

—Yo creo que está muy unido a nosotros.

—Sí, es verdad —murmuró Carolyn, pensativa—. No sé si hacemos bien. Sabiendo que tendrá que volver a las casas de acogida si su madre sigue enferma… nosotros no vamos a estar siempre ahí para él. No es el cachorro de un vecino al que podemos cuidar de vez en cuando.

—Al menos, le estamos dando buenos momentos. Cosas que luego podrá recordar con alegría.

—Sí, pero no es suficiente.

—Carolyn, no te preocupes tanto. Seguro que estamos haciendo bien. Sólo hay que verle la cara.

—Y tú te preocupas demasiado poco. Como siempre.

—¿Cómo siempre?

—Cuando alguien te necesita de verdad… te distancias.

—Yo no hago eso.

—Sí lo haces. Lo hiciste conmigo —replicó Carolyn—. Yo era una adulta y pude sobrellevarlo, pero Bobby es un niño. No puedes defraudarlo.

—No tengo intención de hacerlo —dijo Nick, molesto.

—Ya sé que no, pero intenta pensar en Bobby antes que nada. Yo sé lo que esto significa para él.

—¿Y qué significa, Carolyn? Dímelo.

—Tú lo sabes igual que yo. Te hablé de mi pasado más que suficiente.

—Me hablaste mucho, sí, pero no me hiciste partícipe de nada. Me acusas de no involucrarme, pero ¿cómo iba a hacerlo si tú no me dejabas entrar en tu corazón?

En lugar de contestar, Carolyn sacó dos tazas del armario y sirvió el café antes de salir al porche. Bandido se quedó en la cocina, mordiendo tranquilamente su hueso de goma.

—No te entiendo, Nick —suspiró.

—¿Qué es lo que no entiendes? Soy un hombre, una criatura muy simple.

—¿Por qué tienes una casa tan grande si no estás casado?

Él se quedó callado un momento.

—No he encontrado a nadie con quien quisiera formar una familia.

Además, no soy de los que sientan la cabeza fácilmente, ya lo sabes.

—Pero ¿por qué una casa? La mayoría de la gente compra una casa después de casarse.

—Sí, lo sé. Supongo que lo he hecho todo al revés, ¿no? Este sitio me pareció una buena inversión. Está en un barrio estupendo, tiene un buen jardín. Algún día la venderé y me dará beneficios.

—¿Eso es todo?

Era la clase de argumento que utilizaría un abogado. Lleno de justificaciones, de hechos. Pero sonaba tan vacío…

—Sí, eso es todo.

—¿Por qué no has vuelto a casarte?

—Ya te lo he dicho, no he encontrado a nadie con quien quisiera formar una familia. Además, me pasa lo que a ti, estoy atado a mi trabajo.

—El perjurio es un delito, señor Gilbert.

—No sabía que estuviera en el estrado.

—Y yo nunca pensé que me mentirías.

Nick, sujetando la taza con una mano, se quedó mirando el cielo oscuro.

—No estoy mintiendo… exactamente. Como tú, he elegido mi trabajo en lugar de una relación sentimental.

—¿Pero por qué? —insistió ella—. Tú no eras así. Tu carrera nunca había sido lo más importante para ti.

—Se me dan bien las diversiones temporales, pero quizá no soy bueno con las cosas permanentes —Nick se volvió para mirarla—. De hecho, creo que romper fue lo mejor que pudimos hacer.

—¿Lo mejor? ¿Cómo puedes decir eso?

—¿Por qué te sorprende? Tú me conoces bien, Carolyn. Puede que quisiera intentarlo, pero en el fondo no soy un hombre que quiera comprometerse, no quiero una familia. Yo soy el tipo que hace reír a la gente, el que lo pasa bien y el que se marcha antes de que todo se vuelva demasiado serio. ¿No es así?

—¿Eso es lo que vas a hacer con Bobby? ¿Es lo que haces conmigo?

—La estancia de Bobby en mi casa es temporal, aunque estoy seguro de que seguiremos viéndolo de vez en cuando.

—No me has contestado —Carolyn lo miró a los ojos para no dejarlo escapar—. ¿Eso es lo que estás haciendo conmigo?

—¿No es eso lo que quieres? Fuiste tú quien rompió la relación. No nos diste una sola oportunidad.

—¿Y tú crees que habría servido de algo?

—No, seguramente no.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó ella entonces—. Primero me besas y luego me dices que lo mejor que podría haber

pasado es que cortásemos. ¿Qué es lo que quieres, Nick?

—¿Qué quieres tú? Yo puedo preguntarte lo mismo. Tú estás aquí conmigo, ¿no? ¿Cómo crees que terminará esto?

Carolyn sabía que no podía exigirle la verdad sin ofrecerle lo mismo. Pero ¿estaba dispuesta a admitir lo que sentía? Hacer eso significaría recorrer un camino sin retorno.

Pero qué fácil sería dejar de pelear, cerrar la distancia que había entre los dos. Estaba deseando alargar la mano para tocarlo, apoyar la cabeza en su pecho…

En lugar de eso, dio un paso atrás.

—Estoy aquí por Bobby.

—Perjurio, señorita Duff.

—No estoy mintiendo.

No del todo.

—¿No estás aquí por curiosidad? ¿Para ver lo que podría haber sido?

—¿Por eso estás tú aquí?

Nick sonrió.

—Está claro: una conversación entre dos abogados es imposible. No hay respuestas concretas —dijo, mirándola a los ojos—. Dime la verdad, Carolyn: ¿adónde va a llevarnos esto?

Ella dejó su taza de café sobre una mesa y se acercó. Todo estaba tan silencioso que le pareció que podía oír los latidos del corazón de Nick… ¿o era el suyo? Podía medir su respiración, oír la suya escapando de su garganta.

Y entonces dejó de resistirse, dejó de luchar en una batalla que tenía perdida mientras estuvieran bajo el mismo techo. Alargó la mano y la puso sobre su brazo, notando el calor de su piel. Luego tocó su hombro, su cuello…

—A lo mejor sólo hasta aquí.

Entonces se inclinó hacia delante, poniéndose de puntillas para besarlo porque eso era más fácil que decirle la verdad, que estaba volviendo a enamorarse de él.

Capítulo 10

Nick no pudo pegar ojo. Se quedó un rato mirando al techo, se levantó, estuvo paseando por la habitación viendo cómo un rayo de luna dejaba una marca blanca sobre el suelo de madera.

Estaba metiéndose de cabeza…

Por la mañana tendría que encontrar una manera de escapar. Tendría que cortar con Carolyn. Encontrar la manera de volver a su antigua vida, sin compromisos, sin expectativas. Era la única manera de protegerlos a los dos, de evitar que cometiesen el mismo error dos veces.

Esa noche, cuando Carolyn se marchó a Boston, había tardado cinco segundos en decidir que iría tras ella. Pero cuando llegó al aeropuerto su vuelo ya había despegado y decidió tomar el siguiente. Y cuando llegó a Boston había visto a otra Carolyn, la mujer combativa, la que acabaría definiendo su carrera y toda su vida.

Y se dio cuenta entonces de que él nunca se pondría tan serio sobre nada. Que Carolyn era una persona sólida, tan convencida de lo que hacía que era capaz de arriesgar su vida por ello. Él aún tenía que encontrar algo que le importase tanto.

Entonces ni siquiera le había dado a su matrimonio la importancia que tenía. Apenas se conocían, su boda en Las Vegas había sido una broma. Así que la dejó ir, aceptó el divorcio. Sencillamente, siguió adelante.

Carolyn tenía razón. ¿Qué había cambiado? Él no se había vuelto más serio. Era su corazón egoísta, que aún la deseaba.

La mejor decisión, pensó, volviendo a meterse en la cama, era decirse adiós. Antes de que ocurriese nada, antes de que a alguien volviera a rompérsele el corazón.

Porque a él empezaba a dolerle el suyo.

El martes por la mañana, Carolyn salió al porche para recoger el periódico, pensando lo raro que era hacer eso en casa de Nick. Lo raro y lo absurdo. Mientras hacía café, decidió decirle que el experimento había terminado.

¿En qué estaba pensando por la noche, cuando lo besó? No, se marcharía al día siguiente. Seguiría estando allí durante el día con Bobby, pero luego volvería a su casa. La noche anterior había sido una tortura. Volver a su cama sola, después de besarlo, había sido casi imposible.

Apenas había pegado ojo, pensando que él estaba al otro lado del pasillo. Peor, no dejaba de recordar los tres días que estuvieron

casados.

Nick y ella eran dos personas totalmente diferentes. Él seguía sin conocerla, sin escucharla. Una vez le había pedido ayuda, le había pedido que la apoyase y…

Y él no la había escuchado. No podía arriesgarse otra vez. Sólo un tonto haría eso cuando la respuesta estaba delante de sus narices.

Nick entró en la cocina poco después, despeinado y con ojeras. Aparentemente, ella no era la única que no había dormido bien.

—Buenos días —murmuró, sacando una taza del armario—. Gracias por hacer café.

—De nada —dijo ella, levantando su taza—. Nick, tenemos que hablar.

Bandido, que lo había seguido con su sempiterno hueso de goma en la boca, dejó escapar un suspiro de canina paciencia mientras se metía bajo la mesa. El hueso cayó al suelo, entre sus patas.

—Yo iba a decir lo mismo. Esto no funciona.

—Estoy de acuerdo. Vivir bajo el mismo techo…

—Es demasiado tentador.

—Especialmente cuando los dos sabemos que no lleva a ningún sitio.

—¿Estás segura, Carolyn?

Ella tragó saliva. Sólo tenía que decir una frase, sólo tenía que mirarla de esa manera…

—Sí, estoy segura.

Eso era lo que quería. Lo que siempre había querido. Volvería a su despacho en un par de días y todo aquello no sería más que un recuerdo. Como antes.

La puerta de la entrada se abrió entonces y Bandido salió disparado de su escondite para recibir a un hombre que era… una versión más joven de Nick.

—¿No habíamos quedado para jugar al golf…? Ah, hola. No sabía que tuvieras compañía. Perdona, volveré más tarde.

—No, no… —Carolyn se puso colorada—. Soy Carolyn Duff.

—¿Tú eres Carolyn? —el joven se acercó para estrechar su mano —. He oído hablar mucho de ti. Pero eres la última persona que esperaba encontrar aquí…

—Y mi hermano va a callarse inmediatamente —lo interrumpió Nick— si quiere conservar la mandíbula intacta.

—Hola, soy Daniel —rió él—. El hermano más joven y más guapo de los Gilbert. Y el único que sabe comportarse, por lo que veo.

—Nick y yo estamos ayudando a uno de los niños que hemos apadrinado, Bobby Lester. Su madre está en el hospital y hemos decidido cuidar de él durante unos días.

—Unos días, ¿eh?

—¿No tenías que irte a jugar al golf? —preguntó Nick.

—No es fácil jugar solo al golf. Además, ya no me apetece —sonrió Daniel, dejándose caer sobre una silla—. He encontrado algo mucho más interesante.

—Eres un pelmazo.

—En eso se nota que somos de la familia —Daniel le guiñó un ojo a su hermano.

—Hay que sacar al perro al jardín…

—Pues hazlo, hazlo. Yo me quedo aquí charlando un rato con Carolyn.

—Vuelvo enseguida —suspiró Nick lanzando sobre su hermano una mirada de advertencia.

—Tómate el tiempo que quieras. Bueno, cuéntame, Carolyn —dijo Daniel cuando se quedaron solos—. ¿Nick y tú estáis juntos otra vez? Porque sin ti ese pobre hombre lo ha pasado fatal.

Carolyn tuvo que sonreír.

—No, no estamos juntos. Sólo son unos días.

—Pero he visto cómo lo miras…

—¿Qué?

—Y cómo te mira él a ti. ¿Por qué no volvéis a intentarlo?

—Pero bueno… —Carolyn no sabía adonde mirar—. Para empezar, estamos divorciados. Además, Nick y yo somos diferentes. No es el tipo de hombre que sienta la cabeza y yo… en fin, yo soy tan seria como una enciclopedia.

—¿De dónde sacas eso de que Nick no quiere sentar la cabeza?

—Por favor… tú le conoces mejor que yo.

—Pues por eso lo digo. Nunca se ha comprometido de verdad con nadie, pero yo creo que es porque nunca ha tenido… digamos, incentivos suficientes.

—A mí no me mires. Ya intentamos lo del matrimonio y no salió bien.

—Porque erais unos crios —Daniel hizo un gesto con la mano—. Deberíais intentarlo ahora que sois mayores y más sabios.

—Exactamente. Mayores y más sabios, por eso no deberíamos intentarlo otra vez.

—Venga… lo que pasa es que tenéis miedo.

—No tenemos miedo. Es que somos más listos.

Daniel miró por encima de su hombro.

—¿Se te ha ocurrido pensar que la razón por la que os separasteis no es lo que tuvierais o no en común sino lo que no sabéis el uno del otro? Estuvisteis juntos… ¿cuánto? Tres semanas. Y estoy seguro de que no hablasteis demasiado durante ese tiempo.

—Pues no… —Carolyn se puso colorada.

Pero era verdad. Eso era lo que ocurría cuando una se casaba con

un hombre al que acababa de conocer. Porque, en realidad, más que explorar sus vidas, probablemente habían pasado más tiempo explorando el cuerpo del otro.

¿Se habría rendido demasiado pronto?, pensó entonces.

—¿Qué te contó tu hermano sobre nuestra ruptura?

—Será mejor que se lo preguntes a Nick. Me parece que el problema entre vosotros es que no habláis lo suficiente —contestó Daniel.

Nick volvió a entrar en la cocina en ese momento.

—¿De qué estáis hablando?

Su hermano se levantó para dirigirse a la puerta.

—¿Nos vemos el jueves por la noche?

—Claro.

—¿Le digo a mamá que ponga un plato más en la mesa? Le darías la alegría de su vida.

—¿No te ibas?

Aún podían seguir oyendo la risa de Daniel cuando se cerró la puerta.

—Evidentemente, no soy la única que tiene que soportar a un casamentero.

—Normalmente no es así —suspiró Nick—. Espero que no lo hayas pasado mal.

—No, qué va. En realidad, es muy simpático.

Carolyn estaba a punto de repetir lo que Daniel había dicho, pero entonces oyó pasos en la escalera. Bobby bajaba a desayunar y la conversación tendría que esperar.

Afortunadamente. Porque la respuesta de Nick podía ser algo que ella no quisiera escuchar.

—¿Estás segura de que lo tienes controlado?

Carolyn rió.

—Al contrario de lo que crees, hay muchas cosas que se me dan bien.

Nick levantó una ceja, incrédulo, pero Bobby estaba esperando. Después de desayunar, el niño había insistido en ir a comprar libros de piratas, pero como las tiendas no abrían hasta una hora más tarde, Carolyn sugirió organizar la búsqueda de un tesoro. Y los había hecho esperar quince minutos dentro de la casa mientras lo preparaba todo en el jardín.

—Bueno, ya estoy lista —anunció, entregándole a Bobby un mapa hecho a mano—. Su mapa, bucanero.

—¿Es de verdad? —preguntó Bobby.

—La única manera de saberlo es siguiendo las instrucciones —

contestó ella—. Tienes que seguir esas líneas y dar el número exacto de pasos para encontrar los tesoros.

—¿Tesoros?

—Sí, hay más de uno.

—¿Podemos empezar ahora mismo? —exclamó el niño, entusiasmado.

Carolyn abrió la boca para contestar, pero entonces vio que Bandido movía la cola como si fuera a partirse en dos.

—Espera un momento —le dijo, sacando un pañuelo rojo de la caja de suministros—. Para encontrar un tesoro no hay nada mejor que tener un cómplice —sonrió, atando el pañuelo en el cuello de Bandido.

—¡Parece un pirata de verdad! —gritó Bobby—. ¡Vamos, Bandido, tenemos que encontrar los tesoros!

Perro y niño salieron corriendo por el jardín, uno tan emocionado como el otro. Poco después Bobby se detenía frente a un árbol señalado en el mapa y daba tres pasos adelante para colocarse al lado de un arbusto. Y pronto se vio recompensado por el primer tesoro: una pelota amarilla.

—Estoy impresionado —rió Nick—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—En casa de mi tía Greta aprendí a pasarlo bien yo sólita. Me sabía de memoria las historias de piratas que mi padre me había regalado… así que escondía tesoros por toda la casa y luego hacía mapas para encontrarlos.

—Supongo que tu tía Greta no se apuntó nunca al juego.

—No, desde luego que no. Pero… creo que me apoyaba a su manera. A veces, cuando volvía del colegio, en la cocina había una bolsa con cositas. Barritas de chocolate, juguetes pequeños o una caja de acuarelas. Y cuando me quedaba sin papel, siempre había un cuaderno nuevo —Carolyn se quedó pensativa—. Y todos los meses, durante años, me regalaba un nuevo libro de piratas. Mi tía nunca hablaba de mi padre, nunca hablaba de lo que pasó, pero esos libros… —sus ojos se llenaron de lágrimas entonces— esos libros de piratas hacían que mi vida fuera soportable.

—Porque te decían que le importabas. Aunque fuese un poco.

Ella asintió, muda.

Nick le pasó un brazo por los hombros y Carolyn apoyó la cara en su pecho, dejando que un par de lágrimas rodaran por su rostro antes de apartarse.

—Bueno, ya está bien de hablar del pasado. Aquí esta teniendo lugar la búsqueda de un tesoro y hay un pirata que necesita nuestra ayuda —suspiró, señalando a Bobby—. ¿Vas a ayudarme, corsario?

Nick rió, tan contento de ver aquella nueva cara de Carolyn que la habría seguido hasta el fin del mundo.

—Por supuesto, capitán.

El timbre sonó cuando Nick estaba haciendo la comida, Carolyn amenazando con sacar el extintor y Bobby muerto de risa mientras Bandido hacía círculos sobre sí mismo intentando morderse la cola.

Para Nick, eran como una verdadera familia. Desde que el niño bajó a desayunar, había olvidado por qué era absurdo retomar su relación con Carolyn. En las últimas horas había visto una cara de ella que no conocía en absoluto… y que le encantaba.

—Por lo menos esta vez mi hermano no ha entrado sin llamar —suspiró—. ¿Qué tal si salimos a comer y dejamos este barullo por un rato?

—Yo voto por eso. ¿Y tú, Bobby?

—¡Yo también!

Mientras Nick iba a abrir la puerta, Carolyn se dispuso a meter los platos en el lavavajillas.

—Creo que es justo decir que Nick no es precisamente el chef de la familia.

¿De la familia? ¿Ella había dicho eso? ¿Y por qué la sorprendía tanto? Durante un rato se habían sentido como una familia: una madre, un padre, un hijo. Se había relajado. Lo había pasado bien. Se había olvidado de los posibles desastres que los esperaban a la vuelta de cada esquina. Y, como Nick decía siempre, no era tan difícil.

—Buenos días.

Carolyn dejó los platos y se volvió al oír la voz de Jean.

—Ah, hola.

Nick había entrado tras ella, su cara la viva imagen de la desilusión.

—Hola, Carolyn. Hola, Bobby. ¿Cómo va todo?

—Genial. Estábamos haciendo la comida, pero luego hemos decidido salir a comer porque Nick no sabe hacer nada —rió el niño.

—¿Quieres un café, Jean?

—No, gracias. Me temo que he venido a daros una mala noticia —la mujer se inclinó para hablar con Bobby—. Tu mamá ha salido del hospital y te está esperando en casa.

El niño saltó de la silla.

—¿Ya está buena?

—Sí, ya está buena, y hemos contratado a una persona que la va a ayudar durante unos días para que no se canse mucho. Además, una enfermera pasará por allí para comprobar que toma las pastillas y hace todo lo que le ha dicho el médico.

—¿Y puedo irme a casa ahora?

—Sí, ahora mismo.

—¡Voy a buscar mis cosas! —Bobby salió de la cocina a la carrera, pero volvió un segundo después—. ¿Puedo irme? Lo estaba pasando

muy bien, pero tengo muchas ganas de ver a mi mamá.

¿Cómo podía Carolyn sentirse decepcionada viendo esa carita? Pero así era. No quería que se marchase, no quería que rompiera su burbuja de felicidad. Pero sabía que no podía ser tan egoísta.

—Claro que sí, cielo. Si fuera mi madre, yo ya habría salido por la puerta.

—Espera, voy a ayudarte a guardar tus cosas en la maleta —dijo Nick.

Cuando salieron de la cocina, Jean se volvió hacia ella.

—Son estos momentos los que hacen bonito mi trabajo. Los finales felices. El médico dice que Pauline va a salir de ésta. Es joven, descubrieron el cáncer a tiempo y si se cuida… además, tiene mucho por lo que vivir.

Carolyn miró hacia la escalera.

—Desde luego que sí.

—¿Y tú qué? ¿Cómo terminará la historia para ti? —preguntó Jean.

—¿Para mí? Volveré a trabajar, a meter a los malos en la cárcel. A hacer lo posible por cambiar un poco el mundo.

—¿Se te ha ocurrido pensar que estás intentando cambiar el mundo desde el lado equivocado?

—¿Qué quieres decir?

—Evidentemente, esto se te da muy bien. Si te hicieras asistente social podrías cambiar las vidas de estos niños antes de que se hicieran mayores y se convirtieran en delincuentes.

—No, no, de eso nada…

—Piénsalo —la interrumpió Jean—. Nick y tú tenéis un toque mágico con los niños. Y eso no se encuentra todos los días.

Bobby se marchaba y su mundo de fantasía estaba a punto de terminar. Podría haberse engañado pensando que aquel mundo podía ser suyo, pero debía poner los pies en el suelo. Esos días habían sido algo temporal. Unas vacaciones de la realidad. Nick no había cambiado y ella tampoco, aunque hubiese tonteado con esa idea.

La magia que Jean creía ver era sólo una ilusión. Y cuanto antes lo aceptase, mejor.

Vacía.

La casa parecía más vacía que nunca. Nick se quedó en la puerta de la cocina, perdido. Podía ir a la oficina, pero había llamado para decir que se tomaba el día libre. Podía llamar a Daniel, pero seguramente su hermano ya habría hecho otros planes. Además, soportar sus preguntas sería insufrible.

O podía llamar a Carolyn.

Pero ella prácticamente había salido corriendo después de que Bobby se fuera, diciendo que tenía mucho trabajo… aunque él sabía que no iría a la oficina. Estaba evitándolo. Evitando estar a solas con él. Porque cada vez que estaban solos todas esas preguntas sin respuesta aparecían de nuevo.

Bandido empezó a ladrar y salió corriendo de la cocina. Un segundo después volvió para meterse bajo la mesa con su pelota.

—¿Ya no abres la puerta? ¿O tienes a Bandido de mayordomo? —sonrió Daniel.

—Veo que estás muy decididlo a jugar al golf.

—No, qué va. He venido a pedirte prestados los esquíes. Me voy al lago con unos amigos.

—Sí, claro —Nick señaló hacia el garaje—. Están allí.

—¿Me los dejas? ¿Sin hacer preguntas? ¿Y sin decir que te apuntas a la fiesta?

—No me apetece ir de fiesta.

—¿No te apetece ir de fiesta? ¿Desde cuándo?

Nick dejó escapar un suspiro.

—¿No hay un lago esperándote? Y seguramente una rubia también.

Daniel soltó una carcajada.

—Estas así por Carolyn, ¿verdad? Por cierto, ¿dónde está? ¿Y dónde está el niño?

—Ha vuelto a su casa, con su madre. Y se llama Bobby. Y Carolyn se ha ido a trabajar.

—Ya veo —Daniel se dejó caer sobre una silla—. ¿Y vas a quedarte aquí gruñendo o vas a solucionar las cosas?

—No hay nada que solucionar.

—¿Ah, no? Esta mañana estabais aquí jugando a las familias… y se os daba bastante bien, por lo que he visto.

—Era una ilusión, como los juegos de cartas. Parecía real, pero no lo era.

—O sea, que vas a seguir viviendo solo en esta enorme casa… Mira, Nick, tú quieres casarte y tener hijos pero te da miedo…

—¿Qué sabrás tú? Yo no tengo miedo de nada. Pero metí la pata con Carolyn una vez y no quiero volver a hacerlo. No puedo volver a hacerlo.

—¿Y si no metieras la pata? ¿Y si ella fuera lo mejor que te ha pasado en la vida y la dejases marchar como un tonto?

Nick se pasó una mano por el pelo.

—¿Hay alguna razón para que te siga teniendo en mi agenda telefónica?

—Sí, que siempre tengo razón.

—Ya, seguro.

—Piénsalo, hombre.

Nick empezó a pasear por la cocina.

—Durante toda mi vida he creído que no quería formar una familia. No sé, pensé que esperaría hasta que fuera viejo para casarme. Pero estos últimos días me he dado cuenta…

—¿De que la vida familiar es más divertida que la vida de soltero?

—Sí. Es posible.

—Pues entonces hazlo. Arriésgate con Carolyn.

—No es tan simple.

—Bueno, es tu vida. Si quieres tirarla por la ventana… pero a lo mejor estás dejando escapar tu gran oportunidad sólo por ser cabezota. Hazme caso, hermanito. Tengo razón.

Daniel salió de la cocina con Bandido detrás. Siempre ilusionado. Como su hermano.

Nick miró alrededor. La cocina estaba limpia y ordenada otra vez, la presencia de Bobby y Carolyn borrada por completo. Era como si nunca hubieran estado allí. Entonces un trozo de papel llamó su atención. Era el mapa del tesoro, con una «X» marcando el premio más importante, el que había hecho que el rostro de Bobby se iluminase: un viejo libro sobre dragones que Carolyn había encontrado en su biblioteca y una botella con un barquito dentro.

Cuando el niño abrió la caja de zapatos y encontró esos tesoros había empezado a gritar como si hubiera encontrado una caja llena de monedas de oro.

¿Y si pudiera ver esa expresión de alegría todos los días… en la cara de su hijo? ¿Y si pudiera compartirla con Carolyn, como había hecho aquel día? Verla sonreír, tan contenta, tan relajada. Por un momento, había sentido como si el mundo entero fuera un lugar perfecto.

A lo mejor Daniel estaba en lo cierto. A lo mejor era tan sencillo como ir adonde lo llevase su corazón…

Y ver lo que había al final del camino.

Capítulo 11

Nick estaba en la oficina, pero no era capaz de concentrarse en el trabajo. Harriet, su secretaria, entraba cada cinco minutos para decirle que tenía una llamada, pero él le hacía un gesto con la mano.

No podía pensar en el trabajo y sabía que no había nada que no pudiera esperar hasta el día siguiente. Sólo podía mirar el mapa, con esa gran «X» marcada en el centro…

—Señor Gilbert, siento molestarlo, pero hay una persona esperándolo. Y quiere verlo inmediatamente.

—Sí, enseguida. Dame un minuto.

La secretaria salió del despacho soltando un suspiro de resignación.

Pero Nick no dejaba de pensar en Carolyn… y en Bobby. A lo mejor era un entusiasmo pasajero, pero tenía que hacer algo. Tenía que intentar cambiar el mundo, su mundo.

Después de arreglarse un poco el pelo y estirarse la corbata, llamó por el interfono a Harriet para que hiciera pasar a la visita.

Y cuando entró se quedó de piedra.

—Carolyn, ¿qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Bobby?

—No, el niño está bien —contestó ella—. Es que… quería hablar contigo —Carolyn se pasó la mano por la falda antes de levantar la mirada—. Me doy cuenta de que he salido de tu casa esta mañana sin darte una explicación.

—Siéntate, por favor.

—Te dije que tenía que ir a trabajar, pero no era verdad… estaba intentando evitar quedarme a solas contigo. Estos últimos días han… resucitado viejos sentimientos y… he venido para asegurarme de que sabías que no hay nada entre nosotros.

Nick se apoyó en el borde de su escritorio.

—¿Nada?

—Sí, bueno, existe cierta atracción, pero…

—¿Por qué haces esto, Carolyn?

—¿Hacer qué? Estoy siendo sincera.

—Estás rompiendo conmigo otra vez.

—La primera vez tenía buenas razones. Y ahora también.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles eran esas buenas razones?

—Ya te lo he dicho. No se puede mantener una relación sentimental basada exclusivamente en la atracción física.

—Estoy de acuerdo. ¿Pero qué es lo que quieres decirme de verdad?

Ella se levantó para acercarse a la ventana, como si no pudiera seguir mirándolo.

—No puedo estar contigo. Da igual cuánto te desee o que lo

hayamos pasado bien estos días. Estar juntos no es buena idea.

—¿Y has venido hasta aquí para decirme eso en persona?

Carolyn asintió con la cabeza y Nick se acercó, parándose un momento a su lado para respirar su perfume. Luego alargó los brazos y la envolvió en ellos.

—Eso es perjurio —murmuró.

—No, no es verdad —Carolyn se volvió—. Es supervivencia. Es lo que se me da mejor.

—¿Supervivencia o miedo?

—Las dos cosas, supongo. En cualquier caso, quiero ahorrarme problemas y seguir metiendo a los malos en la cárcel. De esa manera no puedo perder nada…

—¿No puedes perder? —la interrumpió él—. En los últimos días he visto a una nueva Carolyn, a una que no conocía. Te he visto reír, te he visto feliz. Y tú mereces ser feliz.

—Yo soy feliz…

—¿Trabajando quince horas al día? Venga, por favor. Yo estoy viviendo esa mentira y no soy feliz en absoluto.

Al decirlo se dio cuenta de que era verdad. No era feliz. No lo había sido en mucho tiempo.

Tres años, para ser exacto.

—Estás pidiéndome que haga algo imposible. Yo no puedo…

—¿Por qué es tan imposible? —Nick tomó su cara entre las manos —. ¿Tan horrible era estar juntos?

—No, pero por eso el final fue tan doloroso. No pienso volver a abrirte mi corazón y dejar que me defraudes. Yo te necesitaba, Nick, y nunca he necesitado a nadie. ¿Te das cuenta de lo que me costó pedirte ayuda ese día?

Él negó con la cabeza.

—Yo no he vivido tu vida, Carolyn. No voy a fingir que sé por lo que has pasado. Pero si me dejas…

—No. Lo hice una vez y me defraudaste.

—Yo… —Nick no terminó la frase—. Sí, es verdad. Era joven y estúpido y no sabía lo que era ser un buen marido. Lo siento. Lo siento mucho.

Carolyn lo miró, sorprendida.

—Olvídalo. Es el pasado.

—No, no puedo olvidarlo. Tú necesitabas que entendiera por qué tenías que ir a Boston, pero fui demasiado egoísta para verlo —Nick tomó su mano—. Cuando Ronald Jakes salió de la cárcel y viste su cara en televisión no me di cuenta de lo que eso significaba para ti. Yo crecí teniéndolo todo y eso me hizo ciego a los problemas de los demás. Creo que no me había dado cuenta de lo que habías sufrido hasta esta semana. Y lo siento.

—Yo… —Carolyn tuvo que sonreír—. Gracias.

—Has tenido una vida muy difícil y te admiro por lo que has hecho con ella. Por cómo has convertido una tragedia en tu pasión. Pero no entiendo que lo hagas a expensas de todo lo demás.

Carolyn se apartó para cruzarse de brazos, distante otra vez. Nick no podía entenderlo.

—Hay otra cosa en la que he estado pensando desde que volvimos a vernos. Desde que salí de aquel restaurante… y tú me dejaste ir. Nunca entendí por qué no peleaste un poco por nuestro matrimonio… —dijo ella.

—¿Qué? Pero yo te seguí a Boston…

—¿Me seguiste?

—Sí, tomé el siguiente avión. Cuando te pedí que no te fueras era porque… no sé, porque quería ser tu caballero andante, quería protegerte. Pero te fuiste de todas formas y yo te seguí. Quería evitar que te metieras en un lío, supongo, pero…

—Pero cuando llegaste allí yo ya me había metido en un lío.

—¿Por qué lo hiciste, Carolyn? Arriesgar tu vida por un maníaco…

—Pensé que podría ayudar. Pensé que podría decirle a la policía algo sobre ese hombre. No sé, supongo que imaginé un final de película.

—Y no lo conseguiste.

—Nunca pensé que haría eso. Nunca pensé… —Carolyn respiró profundamente— que se suicidaría.

—Dejándote sin el final que tú esperabas.

—No fui allí para conseguir eso. Fui allí para ayudar.

—Fuiste allí para llenar el vacío que había en tu vida… y lo entiendo —insistió Nick—. Lo vi en tus ojos. Lo vi cuando cruzaste la línea de la policía insistiendo en que podías ayudar. Yo pensé que te hacía un favor dejándote ir porque sabía lo que significaba para ti. Que si lo hacía, volverías a mí tarde o temprano. Pero lo único que hice fue dejar que te enterrases aún más en un agujero del que no has salido nunca.

—No estoy en un agujero —replicó ella, apartando la mirada.

—Sí lo estas. Lo sé porque yo también estoy metido en uno. Por razones diferentes. Mi vida está vacía, Carolyn. Vivo en una enorme casa vacía, una casa que no vale nada si tú no estás en ella. Cuando te fuiste hoy me di cuenta de que no quería volver a lo de antes. Quiero algo más. Durante todos estos años he estado buscando lo que perdí en aquel restaurante, cuando me dejaste. Pero después de este fin de semana algo ha cambiado para mí y estoy dispuesto a dar el salto. Mientras tú sigues teniendo miedo de cualquier cambio.

—No tengo miedo…

—No conozco a nadie que tenga más miedo que tú, cariño.

—¿No lo entiendes? Cada vez que dejo que alguien se acerque a mí, acaba muriendo o haciéndome daño. No puedo arriesgarme a eso otra vez —Carolyn negó con la cabeza—. No, es más seguro así. Más seguro vivir mi vida como hasta ahora.

—¿Seguro para quién? ¿Para ti? Porque a mí no me importa el riesgo. No me hagas esto por segunda vez, Carolyn…

—Tengo que pensar en mi carrera. Dentro de nada estaré hasta el cuello en casos, archivos, alegatos que preparar…

—Siempre habrá casos nuevos.

—Quizá en otro momento, más adelante…

Entonces Nick lo entendió todo. No era por ellos, no era porque Carolyn se hubiera ido a Boston aquella noche. Era una deuda que nunca dejaría de pagar.

—¿No crees que ya has pagado más que suficiente?

—No es eso lo que estoy haciendo.

—Cariño, no puedes evitar que haya asesinos…

—Yo no… —Carolyn iba a negarlo, pero se dio cuenta de que era absurdo, de que Nick la conocía mejor de lo que ella creía—. Tengo que intentarlo al menos. Tengo que intentarlo. ¿Y si puedo evitarle el sufrimiento a otro niño? ¿Y si…?

—¿Y si te paras un momento para vivir tu propia vida? ¿Eso sería un crimen?

—Mira lo que le pasó al padre de Bobby. Ese tipo debería haber estado en la cárcel, no en la calle con una pistola. El padre de Bobby podría estar vivo…

Nick cerró los ojos, frustrado.

—Ése no es un pensamiento racional y tú lo sabes. Cosas así pasan todos los días, en todas las ciudades del mundo. Tú no puedes evitarlo.

—No, pero puedo controlar mi esquina al menos —Carolyn se secó las lágrimas con una mano—. Y por eso estoy aquí. Para decirte adiós de una vez por todas. Para poder concentrarme en mi trabajo como he hecho siempre. Eso es lo que tengo que hacer.

—¿Qué? Pero…

—Lo siento, Nick. De verdad. Pero es lo más inteligente. Después de todo, alguien tiene que matar a los dragones, ¿no?

Luego se dio la vuelta y salió del despacho.

Después de haber dejado claro lo que él no quería ver: que había vuelto a equivocarse con Carolyn Duff.

Otra vez.

Carolyn se enterró en papeles, en casos. Llegaba temprano al despacho, salía tarde, trabajaba tantas horas que pasaron tres días sin que se diera cuenta de si era de día o de noche.

Y aun así no era suficiente.

Para olvidar a Nick Gilbert.

Le pedía a su jefe más y más casos… hasta que él empezó a negarse.

—Te ordeno que te tomes unas vacaciones.

—¿Qué? Yo no quiero unas vacaciones…

—Aunque no las quieras, las necesitas. Sé lo que digo —insistió Ken, sus ojos grises llenos de preocupación—. Lo he visto en mí mismo. Te estás quemando, Carolyn.

—Yo no…

—No discutas conmigo. Esperas que trabajando horas y horas lo que sea que te pasa deje de dolerte, pero no será así. Yo hice lo mismo cuando mi matrimonio empezaba a tambalearse… ¿y sabes lo que pasó? Que las cosas empeoraron. Mi mujer se marchó, mis hijos dejaron de hablarme… Ahora vivo con un perro que me ve como un suministro diario de comida, nada más —el fiscal se pasó una mano por el pelo—. No cometas los mismos errores que he cometido yo, Carolyn. Tómate un tiempo libre, soluciona tu vida. Así no acabarás como yo.

Ella abrió la boca para discutir, pero vio tanta soledad en los ojos de Ken que, por primera vez desde que había empezado a trabajar como ayudante del fiscal del distrito, miró alrededor y se fijó en las fotografías que había en el despacho. Una de su mujer y sus dos hijos, felices durante una excursión a las montañas, otra de unas vacaciones en la playa.

Durante todo ese tiempo había pensado que eran fotos de Ken, pero ahora se daba cuenta de que él no estaba en ninguna de ellas.

Y la verdad la golpeó como una bofetada. Estaba mirando su propio futuro.

El otro día, cuando se marchó del despacho de Nick, había elegido exactamente lo que estaba mirando en aquel momento. Había elegido esas fotografías… y no era eso lo que ella quería.

Pero ¿cómo podía llevar una vida normal sin dejar de hacer el trabajo que tanto le gustaba? ¿El trabajo que significaba tanto para ella? ¿El trabajo que la definía como persona?

¿Podía arriesgarse? ¿Podía dar ese salto?

Nick se había arriesgado muchas veces, pero ahora, en los escalones del Juzgado, estaba a punto de lidiar con el caso más importante de su vida. Y tendría que convencer al peor de los jurados.

Un jurado que ya había emitido un veredicto y podría no querer una revisión del caso. Pero él no era el tipo de abogado que se conformaba con perder, especialmente si se trataba de su propia vida.

Carolyn salió entonces con un maletín en una mano y un montón de carpetas en la otra, y Mary a su lado.

—¿Señorita Duff?

—¡Nick! ¿Qué haces aquí? Pensé…

—Me gustaría hacer una confesión.

Ella lo miró sorprendida.

—Pero yo me voy de vacaciones.

—¿De vacaciones? ¿Tú?

—Me lo ha ordenado mi jefe —suspiró ella—. Pero la verdad es que me ha parecido buena idea.

—¿Tienes tiempo para un caso más?

—¿Qué tipo de caso?

—Me gustaría hablar de nuestro caso.

Carolyn dejó escapar un suspiro.

—¿Tiene nuevas pruebas, abogado? Porque estoy dispuesta a considerarlas… si aportan algo nuevo al caso.

—Primero, esto —dijo Nick, dando un paso adelante para hacer lo que había querido hacer desde que la vio: tomarla entre sus brazos y darle un beso en los labios. Sabía a menta y café, y a todo lo que se atrevía a esperar que podría tener de nuevo en su vida.

El gesto espontáneo sorprendió no sólo a Carolyn sino a todos los que entraban o salían de los Juzgados en ese momento.

—¡Nick! Que hay gente mirando —protestó ella que, sin embargo, no hacía nada por apartarse.

—¿Puedo tomar esto como prueba en el caso?

—No sabría cómo clasificarlo.

—Eso podemos debatirlo después.

—No suena mal —sonrió Carolyn.

—El segundo de mis argumentos requiere un viajecito.

—¿Cómo?

Nick le ofreció su mano.

—¿Confías en mí, Carolyn?

Ella pareció pensarlo un momento, pero después se volvió hacia Mary, que observaba la escena, divertida.

—Dame eso —dijo su ayudante, quitándole el maletín y los papeles de la mano—. Así será más fácil.

—Pero…

—Nada de peros, Carolyn. Confía en mí —insistió Nick.

Ella vaciló un segundo más, pero al final tomó su mano y juntos bajaron los escalones del Juzgado para entrar en el coche, aparcado delante de la puerta. Ilegalmente, claro, pero Nick pensó que merecía la pena pagar una multa.

—¿Vas a decirme adonde vamos?

—No —contestó él, sacando un papel del bolsillo—. Pero tengo esto.

—¿Qué es?

—El mapa de un tesoro.

Carolyn lo miró, volviendo el papel de un lado y de otro.

—Esto no explica nada. Y hay una regla sobre la nitidez de las pruebas…

—Puedes apelar más tarde.

—Te estás saltando las reglas —sonrió ella, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Ésa es mi especialidad —rió Nick, atravesando las calles de Lawford. No sabía si aquello iba a funcionar, pero tenía que intentarlo.

Por fin, detuvo el coche en una calle flanqueada por árboles, frente a una casa con un cuidado jardín. Un trío de azaleas rosas flanqueaba la puerta de entrada. Era una casa sencilla, pero perfecta en muchos sentidos.

Y había otro coche aparcado delante.

—¿Dónde estamos?

—En «X» —contestó él, señalando el mapa.

Luego bajó del coche y le abrió la puerta mientras los ocupantes del otro vehículo hacían lo mismo. Eran Jean Klein, Pauline Lester y Bobby.

—Pero… ¿qué está pasando aquí?

—Tenemos que asistir a una ceremonia.

—No habrás vuelto a organizar otra boda en Las Vegas o algo parecido, ¿verdad?

Nick estudió su rostro un momento.

—¿Dirías que sí?

—Nick, eso no tiene gracia. ¿Se puede saber que está pasando aquí?

—Confía en mí, tonta.

—Muy bien, pero si veo un sacerdote…

—¿Sería tan horrible volver a casarte conmigo? —preguntó él, alargando una mano para acariciar su cara.

—Mira…

—¡Nick, Carolyn! —gritó Bobby—. El médico dice que mi mamá ya está buena.

Los dos se volvieron para mirar a Pauline, que asentía con la cabeza, los ojos llenos de lágrimas. Lágrimas de felicidad. Incluso los ojos de Jean se habían empañado.

—Me alegro muchísimo por ti —dijo Carolyn, inclinándose para abrazar a Bobby—. Y por ti también, pequeñajo.

—Y dice que este año va a ir a buscarme al colegio todos los días. Y vamos a comer pizza.

—Eso es estupendo.

El niño miró a su madre, que le hizo un gesto con la cabeza.

—Vamos, pregúntaselo.

—Carolyn… ¿tú querrías ir a mi clase algún día? Mi profesora deja que vayan personas especiales para hablar con los niños y… —Bobby vaciló, golpeando el suelo con la punta de la zapatilla—. Bueno, como tu papá también se murió, podrías ir cuando yo hable del mío. Ser mi persona especial ese día porque tú sabes lo que es estar sin un papá.

Carolyn, emocionada, tuvo que abrazar al niño. Lo abrazaba con toda su alma para darle a entender lo importante que era para ella, cómo había logrado abrir una parte de su corazón que había estado cerrada mucho tiempo.

—Pues claro que iré, Bobby. Me encantaría.

—Gracias —dijo él, su voz un poco ahogada por el abrazo.

Carolyn se incorporó luego, mientras Nick se aclaraba la garganta.

—Bueno, imagino que os preguntaréis por qué os he traído aquí.

—Jean dijo que tenía algo que ver con el programa del amigo mayor —contestó Pauline.

—Sí, en cierto sentido —Nick metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un sobre doblado por la mitad—. Esto es para ti, Pauline.

—¿Para mí. Pero…

—Es una escritura, la de esta casa.

—¿Qué?

—Para ti y para Bobby —contestó Nick.

—Pero no puedes decirlo en serio…

—Pues claro que sí.

—¿Una casa de verdad? —Pauline miró alrededor, incrédula—. ¿Para nosotros dos?

Carolyn no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió las lágrimas rodando por su rostro.

—¿Es nuestra de verdad? —preguntó Bobby.

—Sí, para siempre —contestó Nick.

—Pero… —empezó a decir Pauline.

—Mi bufete, y otro par de bufetes de la ciudad, querían hacer algo para contribuir al proyecto, así que los he convencido para que comprasen esta casa. Sólo he tenido que hacer algunas llamadas… no ha sido nada.

—Pero esto es demasiado… no podemos aceptarlo.

—Claro que podéis. Pauline, has tenido muchas dificultades en la vida. Acéptala como un nuevo principio. Para ti y para tu hijo.

Ella sacudió la cabeza.

—Hay tantas familias con problemas…

—Sí, es verdad. No se puede ayudar a todo el mundo, pero hay que empezar por algún sitio. Por favor, no discutas —Nick apretó la mano de la mujer—. Es un regalo para Bobby. Vamos, id a ver el interior. A

ver si os gusta.

Carolyn pensó entonces que aquél era el Nick del que se había enamorado en la universidad, el que se apasionaba por todo, el que quería cambiar el mundo. Aquél era el Nick que recordaba, del que se había enamorado.

El hombre al que había estado buscando durante esos días y el hombre que, sospechaba, se había perdido. Pero no era así, sólo había estado buscando un propósito en la vida.

—Lo has hecho —murmuró ella—. Has cambiado el mundo.

—¿El mundo? —rió él—. Ni siquiera una manzana en una calle de una pequeña ciudad. Aún hay mucho camino que recorrer.

Carolyn apretó su mano con fuerza.

—Tú ya has recorrido un camino muy largo —musitó, señalando a Pauline y Bobby, que estaban entrando en la casa, hablando sobre el futuro, sobre su nueva vida. Una vida basada en la esperanza y la alegría.

—Lo único que necesito es que tú hagas el viaje conmigo, Carolyn. ¿Qué dices? ¿Estás dispuesta a arriesgarte?

Capítulo 12

A Carolyn nunca se le habían dado bien los trucos de magia. Había intentado mil veces memorizar los trucos que le enseñaba Nick y no parecía tener gran habilidad con los dedos. Pero esta vez estaba decidida.

Después de despedirse de Pauline y Bobby, que no dejaban de lanzar exclamaciones al ver cada mueble y cada planta del jardín, le había pedido a Nick que se encontrase con ella en el parque esa noche.

Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para asumir los cambios en su vida.

—Me tienes intrigado.

Carolyn se volvió al oír su voz. Se dirigía hacia ella, alto, guapo, un hombre en el que podía apoyarse, un hombre que podía ser su compañero.

—Eso era parte del plan. Tenerte intrigado.

—Ésta es una nueva Carolyn.

—Una mejor, espero.

—No puedes ser mejor de lo que eres —murmuró él, tomándola por la cintura.

—Tú me has demostrado algo hoy. Algo muy importante. Y, gracias a ti, he descubierto que existe la posibilidad de tenerlo todo.

—¿Ah, sí?

—Cuando vi la casa que habías conseguido para Pauline y Bobby me di cuenta de que puedo seguir ejerciendo el Derecho y ayudar a niños como Bobby a la vez. Jean me dijo que estaba trabajando desde el lado equivocado, que quizá podría servir mejor a la sociedad ayudando a que esos niños no acabasen en correccionales.

—¿Quieres trabajar con niños?

Carolyn soltó una carcajada.

—Sí, suena como una locura, ¿verdad? Ni siquiera sé hacer animales de papel, pero puedo aprender. Tú tenías razón, Nick.

—¿Acabo de oír lo que creo que acabo de oír? ¿Un abogado admitiendo que el abogado contrario tiene razón?

—No hay testigos de tal admisión, así que no vale de nada —rió ella—. Pero sí, es verdad. Tú me has dicho muchas veces que alguien como yo, que ha pasado por la misma experiencia que Bobby, sería la persona perfecta para ayudarlo. Y hoy me he dado cuenta de que es verdad. Aunque también Bobby me ha ayudado, a su manera.

—Te ha ayudado a curar las heridas del pasado.

Carolyn asintió con la cabeza.

—¿Y si yo hubiera tenido a alguien que me llevase al parque? ¿O

que me hubiera dicho que era normal sentirse culpable por lo que le pasó a mi padre, aunque yo no tuviera culpa de nada? Que me hubiera dicho que no pasaba nada, que los seres humanos somos así… A lo mejor no habría crecido teniendo tanto miedo, estando tan preocupada por los Ronald Jakes que hay en el mundo…

—¿Qué quieres decir con todo eso, Carolyn?

—Que podríamos formar un buen equipo tú y yo. Tú podrías dedicarte a conseguir fondos para que esos niños tengan casas en las que vivir y yo podría ayudar creando programas de asesoramiento.

—Eso suena muy bien —sonrió Nick—. Sólo hay un problema: para que funcione bien del todo seguramente tendríamos que estar juntos mucho tiempo.

—Sí, lo he pensado —dijo ella—. Después de todo, ¿no has dicho siempre que estamos mejor juntos que separados? Y… como los dos somos abogados, necesitamos un contrato para algo así. ¿Estás de acuerdo?

—¿Un contrato? —Nick se puso serio.

Ella dio un paso atrás y empezó a pasar los dedos por delante de su cara, como un mago.

—A lo mejor debería hacer que apareciese algo, un recuerdo del pasado…

—¿Aquí, en el parque?

—Hablo en serio, Nick. Esta vez no voy a subir a ningún avión. No voy a salir corriendo. No voy a esconderme en el despacho —Carolyn metió una mano en la manga de su chaqueta y sacó una cajita de terciopelo negro. La cajita en la que había estado la alianza que Nick le había regalado tres años antes—. Ésta es la mitad del contrato. Creo que tú tienes la otra.

—¿La has conservado?

Ella asintió con la cabeza, sus ojos llenos de lágrimas. Después de devolverle la alianza se había agarrado a la cajita, incapaz de separarse de ese recuerdo.

—Tú no eres el único que sigue teniendo sueños. La guardé en el fondo del armario para intentar convencerme de que no seguía esperando que algún día…

—Carolyn… —Nick la apretó contra su corazón—. Te quiero. Siempre te he querido.

—Yo también te quiero.

Carolyn levantó la cabeza para ofrecerle sus labios y Nick la besó, sellando el trato de la única manera posible. Y ese beso fue más dulce que nunca porque cerraba el círculo de su amor, porque tenía el sabor de un «para siempre».

Luego la tomó en brazos, sonriendo como un niño.

—¿Qué haces?

—Esta vez te llevo a conocer a mi familia. Y cuando te conozcan no van a dejarte escapar. Pero primero pararemos en mi casa para buscar la alianza. Tienes razón, yo también la he guardado. Tú no eres la única romántica de esta pareja —riendo, Nick la llevó hasta su coche —. Y quiero hacerlo antes de que tengas tiempo de apelar, letrada. Por si acaso.

—Apoyo la moción —sonrió Carolyn, besando sus labios, su cuello, su cara, todo lo que encontraba a mano—. Espera, Nick, se me había olvidado una cosa.

—¿Qué?

—¿Podemos quedarnos aquí y ver la puesta de sol? No quiero perderme el final o el principio de un nuevo día mientras viva —respondió ella, echándole los brazos al cuello—. Y quiero verlos todos contigo.

—Por supuesto.

Nick encontró un montículo de hierba desde el que los dos vieron el final del día, Carolyn apoyada sobre su pecho. Y mientras los últimos rayos del sol iluminaban el paisaje, Carolyn Duff abrió su corazón del todo ante la abrumadora evidencia de lo absolutamente maravilloso que podía ser el amor.

Fin